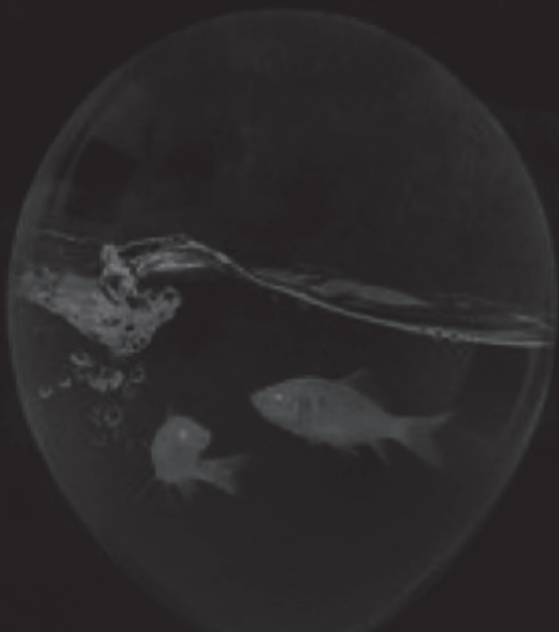


LOS SUEÑOS NO HABLAN SI LOS DESPIERTAS

alba metaponte





LOS SUEÑOS NO HABLAN SI LOS DESPIERTAS





Colección Libros
Imposibles



LOS SUEÑOS NO HABLAN SI LOS DESPIERTAS

Alba Metaponte

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2026-

Metaponte, Alba (1973)

Los sueños no hablan si los despiertas / Alba Metaponte --1ª ed.--

Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2026.

152p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 65 >

<Digital>

1. Prosa poética italiana / chilena 2. Literatura italiana / chilena.

I. Título.

Primera edición, 2026

Colección Libros Imposibles #65

© *Los sueños no hablan si los despiertas*

© Alba Metaponte

Diseño editorial:

Melvyn Aguilar

Portada & ensayo fotográfico:

Florianio Martins

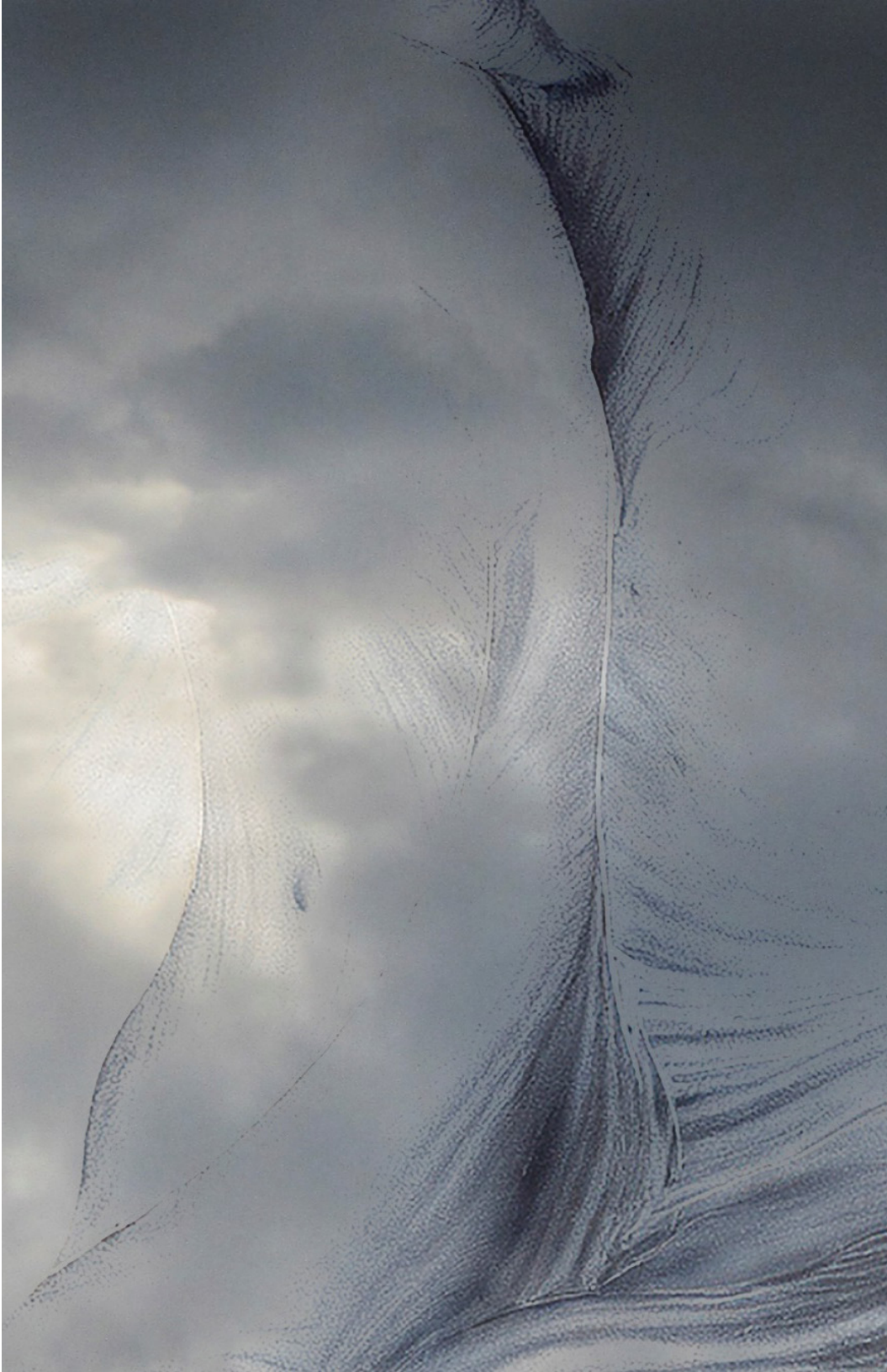
Coordinación editorial:

Juana M. Ramos

Corrección filológica:

La autora





LOS SUEÑOS NO HABLAN SI LOS DESPIERTAS

Simplemente quiero escribir que este libro está dedicado a mi querido amigo Carmine Giannuzzi, que falleció prematuramente.

*Sé que Él existe.
En algún lugar, su rara vida
el silencio robó
de nuestros ojos vulgares.*

Emily Dickinson

Improvisación sobre Alba Metaponte mientras juega con sus títeres

Estos poemas son como notas metafísicas del momento, cartas secretas del abismo, una incursión inesperada en lo más profundo del misterio. Alba Metaponte no los escribe, sino que los desentierra de la piedra, del musgo, de la fuente líquida del vértigo. Va a buscarlos tras la línea divisoria entre el sueño y la vigilia, donde aún se desconoce con certeza qué depara el futuro.

Cuando Ithell Colquhoun escribe sobre un tío misterioso, nos dice: *Estaba convencida de que estaba loco, pero aun así, estaba segura de que poseía poderes extraordinarios, quizás simplemente porque había cruzado la línea de la locura.* Al escribirle a Van Gogh, es el turno de Alba de decirle: *Antes de decir adiós, el sol trazará tu perfil amputado, oscilando como un amuleto sobre el paisaje de tu drama.*

En ambos casos, un mundo resplandeciente se funde con los colores más preciosos de un enigma. En ellas —la inglesa, la italiana, ambas ocultistas— experimentamos las figuraciones de un laberinto erigido a la suma de verbos. Gracias a su afinidad con el asombro, aprendemos a interpretar la partitura intuitiva de estas vidas que reunimos en nuestro interior.

El poema —en ambos casos, prosa poética— realza la resurrección permanente del azar. No nos encontramos en un escenario arruinado y fragmentado, perdidos sin lazos ni contraseñas de la materia primordial. Estamos allí como ofrendas de su ritual de fecundación.

Al reflexionar sobre este libro, en la lectura de la escritura de Alma Metaponte vemos cómo tantea, como si nos permitiera percibir a un dios a través del semen del horizonte; cada símbolo es la trascendencia misma de una cosecha íntima o de una asamblea de magos. El individuo, arrastrado por lo colectivo, solo se completa cuando invierte la polaridad y descubre la línea volcánica de su camino de regreso.

No es casualidad que uno de sus principios sea: *Solo poseo los años transcurridos y mis pies, discípulos del vértigo que se desvanece en los bosques violetas de la imaginación.* El rocío de la intuición, una palabra vegetal, la silueta del orgasmo. Sabe que el arte se esconde en los matices místicos de los trucos sinestésicos más banales.

Todo en ella, en su creación, nos abraza como un impulso permanente que impide que los sueños despierten. Todo en ella pertenece a la libertad. Como una fórmula mágica cuyos componentes cambian constantemente.

Floriano Martins



LAS SONÁMBULAS

La niña de zapatos estrechos arrastraba campanitas para decorar su imagen de vendedora de sueños. Exultaban de alegría las ortigas aferradas a sus saltos de liebre y como sanguijuelas grababan sobre la piel blanca las formas del hambre y de la sed. Vendía sus espejismos a bajo precio, muñecas de papel con pelo real y golondrinas de azúcar. Compré las de ojos cerrados, las sonámbulas de largos cabellos trenzados con flor de saúco. Parecían damas de honor, novias hambrientas, entumecidas por el brillo de los granos de azúcar. El sol se rendía en los párpados lánguidos del amanecer y el viento tendido sobre el río, saciaba su sed brindando por el cumpleaños de los sueños. Volví a casa sin despedirme de las estrellas, la última mariposa revoloteaba en el eco de su risa, obra póstuma de la noche bordada en las alas de un ángel. Me quedé dormida en los labios de un duende y la puerta se cerró con mi último bostezo. Algo sucedió esa noche, nunca supe qué fue ese torbellino furioso, el secreto fue entregado al vuelo de las cometas. Las muñecas se habían despertado, arrastraban sus cuerpos de papel desde el aparador hasta el suelo, como caracoles afrutados dejando la cocina cubierta de saliva y sirope de saúco. Se sentaban hambrientas alrededor de la mesa y hablaban a mis sueños. *Dime niña, ¿quién es la señora vestida de flores que deambula en el desierto persiguiendo la ficción, la misma que vestida de miel sopla sobre el polen del sol y busca su camino en la astronomía de los pájaros?*

Hemos visto a un hombre sin plumas en un circo con una máscara azteca, viste el verde de tus ojos, mastica tabaco y escupe sangre en su sombrero de mago liberando deliciosos cadáveres de aves. Mientras el horizonte se extendía en las venas del alba, las velas irradiaban la última gota de oscuridad. Yo vacilaba en el cuerpo del fuego, donde se reflejaban marionetas que bebían mi aliento a pequeños sorbos. Una chispa voló a mi cabeza, brillaba como el azúcar. Me desperté en un circo, mis cabellos habían crecido hasta los pies, y sobre mi larga melena galopaban caballos enloquecidos que se incendiaron como rastrojos sobre mi cuerpo de papel.

PRINCIPIOS, PRECEPTOS Y REGLAS

Mi padre y yo llegamos donde el médico. La sala de espera estaba llena de gente. No nos sentamos, parecía superfluo. Si hubiéramos ocupado otras dos sillas, nuestra espera se habría prolongado. La ergonomía ha dado pasos de gigante y la comodidad de los asientos nos habría proporcionado un estado de relax excesivo. Ambos decidimos permanecer levantados hacia arriba, con el cuerpo erguido y la mirada fija en el techo escamoso, un monstruo de lana de vidrio que contaba con garbo, casi en silencio todas las conversaciones absorbidas por las paredes. Mi padre caminaba de un lado a otro, pisando siempre las mismas baldosas con un ritual antipático. Yo, por mi parte, mantenía la nuca al sol. Las entradas y los pasillos con mucho tráfico peatonal tenían semáforos imaginarios para evitar que las personas chocaran en un pisoteo incesante. La gente con problemas oculares solo veía el verde. Me puse a contar los pasos de los zapatos que salían, entraban y viceversa. La vida está llena de maravillas como esta, las matemáticas de los pasos. Los zapatos no dejaban huellas, pero de una suela se retorcieron criaturas curvas de forma cilíndrica o redonda. Algunos dispuestos en forma de cubo con colores de invertebrados marinos. Corrían muy rápido en todas las direcciones dejando un rastro pegajoso y multiforme. Una pareja formó una papilla gris en la junta abierta del piso, se debatía y parecía asfixiarse. No había oxígeno, solo flechas direccionales. Una se desprendió, se arrastró con dificultad y finalmente se deslizó en el bolsillo del infectólogo, subió lentamente por la nuez de adán como si escalara una montaña, jadeando plásticamente. Se armó de coraje y con la ligereza de un atleta se lanzó entre las hendiduras rosadas de las úvulas. El médico nos llamó para entrar.

A VINCENT

Querido amigo, en el patio del hospital de Arles he visto un macabro trofeo, un ramo de gladiolos está pigmentado de sangre y tus lienzos arden en la naturaleza muerta de un manicomio. Lo que escribo hoy es un puñado de tierra seca encontrado en un viejo cajón donde había relegado mi imaginación. El jardín se ha marchitado por tu ausencia, las amapolas y los girasoles rondan la muerte. Te fuiste dejando el último iris languidecer en el cobalto, después de haber cercado los colores en los intersticios del vacío, no hay rastro de cinabrio en los terrones, pero la tierra aun habla tu lengua con las sílabas de espacios sacralizados en líneas onduladas y paralelas. Tú que conoces el vigor de los astros, envíame los colores que broten de tus ojos, para que pueda embellecer tus mejillas hundidas, el cartilago del tamarindo, la lírica de la rosa mosqueta. Podría reunir en tu nombre el aleteo de los pájaros en el ábside de la creación o la sérica suavidad del viento sobre el amarillo vibrante de Saint-Rémy. Deja que el vuelo de los gorriones resuene sobre la tierra ámbar y dibuja tus manos eternas como cipreses, solícitas como frutos verdes que capturan las estrellas enloquecidas y despiertan las cenizas sagradas del olivo. Dudo de tu caducidad como de todo lo inmortal. Alquimista que sostienes los frágiles huesos de la noche con pinceladas nerviosas, te ocultas en *plein air* en la extravagante obsesión de la luz, ilusionista flamenco, una dama vestida de penumbra ha robado el encanto de tu cielo estrellado donde ahora te escondes taraceado en los lienzos ocre amarillos. La luna estalló entre tus dedos y tú la pintas con los ojos cerrados, esparciendo sus semillas que florecerán en almendros de chintz.¹ El sol, antes de despedirse trazará tu perfil amputado que se balancea como un amuleto sobre el paisaje de su drama.

1 El Chintz es un tejido de calicó estampado, pintado, teñido o esmaltado con bloques de madera que se originó en la India en el siglo XVI.



EL MAGO

El mago vivía en profunda soledad, solo salía para comprar comida y regresaba corriendo por una calle pequeña decorada con dóciles árboles azules. A veces se olvidaba algo, pero nunca volvía atrás. Le daba mucha vergüenza su cara de armadillo, entonces solo salía con una capa negra para esconder su rostro. Nadie nunca vio su cara. Solo necesitaba sus ojos para no perder el camino. Sus pupilas se agrandaban o se reducían según las estaciones. Su vida era una secuencia de giros de guion, una liturgia sin reglas que mutaba a cada instante adornada con candelabros, escrituras sagradas y varias decoraciones. El mago solo quería ser mago y nada más, pero no confeccionaba figuras de humo para cualquiera, ni hacía hechizos para esclavizar a los dragones, ni tampoco enamoraba las abejas que le picaban la cara. Daba vueltas y vueltas hasta apuntar hacia la dirección opuesta. El sombrero le robaba el día como un ladrón, y allá solo aparecía su noche, su compañera con dientes de estrella, su nido hambriento de oscuridad. Y mientras la luna aullaba a los lobos, él hacía copias de sí mismo.

EL ÚLTIMO VERANO DE UNA MARGARITA

A Mariella

Era de día cuando llegó tu noche. Tu cuarto tenía un telón de hierro, la luna crecía sin límites y en seguida se reducía, apagando lo que quedaba en tus ojos. Me dijeron que te cuidara, así que me escondí bajo tus blancas piernas de muerta. Estabas ahí callada con un clavel blanco en el bolsillo. Tu teatro cerraba para siempre y ya no tuviste más público, sólo la multitud de flores que llenaba tu ataúd. ¿Recuerdas cuánto te gustaban las flores? Recorriamos todos los jardines para contemplar los bulbos redondos de los jacintos, y tú le regalabas azúcar y dulces para hacerlos sonreír. Te llevabas la sangre para regar los campos de girasoles, brotaban embriones de las rosas de Damasco, y tú los comías dejando que los prados se asfixiaran. Ahora no me hablas, pero aún te gustaría contarme tus historias. Como cuando me llevaste al cementerio, para conversar con tu esposo de luna. Nunca lloraste delante de mí, diosa de mármol, venerabas las plantas y los animales, la media luna colgante de África, las sonrisas sagradas de los antílopes. No creías en nada que no fuera tu amor, hermana de la muerte. No olvidés, me dijiste, de limpiar su lápida, sus ojos inmortales de granito, y bailabas con su alma en el desierto árabe. Nunca moriste sin él. Pero ahora te veo tan exánime, sola con tu vestido de lirio, sin raíces, sin tierra, silenciosa bajo los pilares del cielo. Esta noche caerá una lluvia de tulipanes para honrarte, de tus pies helados resucitarán mariposas y en los desiertos crecerán flores de arena. Los olivos alzarán sus cálices seculares a la sonrisa del cielo y brindarán por tu vida.

MUERTE DE UN TEJÓN

Yacías detrás de un telón de asfalto, tu cuerpo estaba tan pesado como embutido de miedo por algo que no conocías. Macabra la primavera te traía un féretro para su debut. *La muerte es encantadora*, decían los cuervos. *Está ahí abajo, lo han dejado en la calle.* El silencio no respondía y yo tampoco. Las voces no paraban: *Está rodeado de hormigas que acarician su inmovilidad, miran sus manos extendidas como cruces, lo han dejado solo como si nunca hubiera nacido.* La tierra estaba embebida de la misma aura funesta que cubría la puerta y las paredes de la luna. La muerte aquel día buscaba una forma para dibujar su imagen y la encontró en tu mimetismo, en tu inteligencia de arquitecto de las tinieblas, en las cavidades del terreno, en el llanto de tus hermanos. Te hiciste tan pequeño como una gota de sangre y las moscas bailaban ante tu ataúd de viajero nocturno. La noche como un sicario te detuvo de golpe, mientras con tus pasitos de oso salías entre las sombras de maíz en busca de tu libertad. Escucha como se mezclan los vientos en el campo, como lloran los pájaros hacia la nada creadora. Tu muerte asustó a los ángeles que dormían en la tierra, bajo tus corredores de ciego, donde ahora las mariposas siembran gusanos en un lugar deshabitado. Bajo tu cuerpo emergió mi mano, te miré por un instante que fueron mil, y mis lágrimas ardientes mojaron tu cuerpo frío. No te abandonaré con esa ceniza de ortiga en el pecho, con este engaño del olvido. Dejaré que tus pasos se propaguen en el vientre de la tierra, que esparzan tus raíces, y esperaré la próxima primavera para encontrarte en el esplendor de una flor blanca de cerezo, la misma flor que te dejé un día de abril empapada de lluvia y lágrimas.



DILUVIO DEL MISTERIO

¿Por culpa de qué voluntad o hechizo se me ha asignado un lugar en la tierra? En el exilio, lejos de las estaciones del cielo, sobre mi cabeza vive la identidad del silencio; un enigma que divide la luz en dos partes, narra la marcha de los pueblos, los cuerpos que serán juzgados por la historia y el temor a los fríos inviernos en los podridos tugurios suburbanos. Arrojada a este relato sin epílogo, yo también yazco sobria como la eucaristía en las lenguas de las iglesias. Pero la crueldad me traspasa el costado, las balas del tiempo explotan ante mis ojos, ¡podría haber muerto sin haber conocido la verdad! Todavía camino, seducida por los senderos de la narración, alguien delira que nacemos ya muertos, ¡pobres almas enredadas entre los sabios espectros de la creación!

Sólo poseo los años pasados y mis pies discípulos del vértigo que se desvanecen en los bosques violetas de la imaginación. Soy una transeúnte que adornará el cuento, prisionera de la no sabiduría, antigua exiliada de antepasados, epígonos que se entretienen en visiones dantescas. Si tan solo hubiera permanecido niña para siempre, habría combatido la podredumbre y la ignominia de esta tierra con la sencillez de una sonrisa, me habría defraudado el sacramento de la inocencia. ¿Por qué sofisticado delirio nos han sellado la boca y cosido la lengua con tela de araña? Alguien afirma desde el templo de la razón, que solo se debe hablar de lo que se conoce, y mis palabras babeaban contra las ventanas de los prohibidos. Todo pertenece a la nada que genera revelaciones, éxtasis, exequias, montículos de cuerpos y jirones de carne expuestos en escaparates del desconcierto.

Sólo poseo un traje improvisado para esta ceremonia, este desfile de misterio donde ficción y realidad son trampas atadas a los hilos de la historia. El mundo entero se deforma por el conocimiento ¿Pero qué es la ficción, esta vieja viuda que suplica a la realidad permanecer oculta como una ruina en el fondo del mar.

EL ARTE DE LO QUE CREEMOS SER

La existencia es un sueño disfrazado, la muerte el carnaval de la vida.

Criaturas blancas salieron del crepúsculo, su irrealidad tenía más secretos en los días de floración de la luna. Adele, sentada frente a la chimenea, contaba las llamas jugando a espantarlas. Pequeñas chispas se abrieron en lenguas de fuego, el batir de alas se extendió por la casa, multiplicándose. Las habitaciones preñadas de luz, procreaban el tiempo suspendido en el cuerpo de una golondrina. Los silbidos del viento sacudieron las ventanas con un crujido seco. Adele buscaba la luna en las frases del viento, no la vio. Cruzó su museo de dalias, las sonrisas de las luciérnagas vibraban con sus pasos, recogió en un cuenco las últimas mariposas que aún estaban despiertas, y se adentró en los capullos de la luna. Llegó al borde del sueño. Ante sus ojos, un manitú con cabeza de ciervo marcaba con turquesa la línea divisoria entre el cielo y la tierra.

Un jardín acuático balbuceaba mil idiomas entre los nudos de bambú y las esporas de los helechos. Un violín palustre temblaba en el esqueleto de una carpa. La melodía totémica frotaba las maderas de saúcos en una música que alimentaba las bocas de los frutos. Las hojas danzaban con los peces, los árboles derviches vaticinaban al sonido inviolable del agua y las damas de almendras desfilaban sobre el brocado de azahar. Bailaba la noche sin luna, vistiendo su forma en ligero cervatillo. De repente, los ojos del silencio se abrieron, un carruaje con caballos dorados como espigas trajo el difunto pan de la luna. Los timoneles soltaron las anclas de la vid, la realidad fue pescada por los posaderos y atrapada en cálices sanguíneos. En una liturgia burlona, la inexistencia se erguía santificada por las aguas. Adele buscaba la luna en los rizos de Calímaco, no la vio. El cielo se abrió, floreciendo en máscaras de azúcar. En una paz palmeada y metálica el carruaje se detuvo y la música verde terminó. La luna buscaba a Adele en los espejos del agua, dos seres monocromáticos perseguían lo grotesco. El corazón de Adele se perdió en la niebla azul, entre sus dedos crujían los

huesos de la máscara. La noche se arraigó en sus ojos. Criaturas blancas explotaron en pequeños fuegos artificiales, la golondrina detuvo el tiempo suspendido entre sus alas incineradas.

(A mi abuela y sus títeres de agua)

HUELLAS

Por la noche oía a mi gata hablar con alguien. El reloj se detenía, las horas se dirigían hacia la luna. Por la ventana entraban las sonrisas del viento, que florecían en pequeños cuerpos con almas de gladiolos, crisantemos y dalias. Una floración inmensa como un manto de huellas cubría mi habitación de pisadas de colores, cada una hablaba un idioma distinto, el arameo, el fenicio, el acadio relucían dentro de mis espejos. Mi gata resplandecía con todos los colores del arcoíris, cubriendo las sombras más oscuras, las más hambrientas, que comían todo lo que brillaba. Vi cómo saboreaban los colores, el amarillo de los limones, el rubí de las granadas, el corazón rojo de los higos. Me quedé mirando, y vi cómo aparecía el esqueleto, cómo crecían los huesos y se cubrían de carne. De una huella emergió un ibis, su alma depositaba huevos redondos de harina que mi gata hacía rodar por el piso. El pan llegó enseguida, y cada alma de pétalos se sentó a la mesa de la cocina. Comían alas blancas de palomas en un baño de sangre. De repente se escuchó un lamento, mi gata salió y las almas la siguieron. En la orilla de un río vieron a un hombre ahogarse, la gata empezó a maullar pidiendo ayuda, se volvió hacia sus seguidores, solo había migajas de hambre en el suelo. Las almas volvieron al cuerpo que siglos antes fue arrojado al río tras ser crucificado. El cielo se puso blanco como el pan en el vuelo de una gaviota. Nunca había exhibido un candor tan hermoso, nunca se había oído a las estrellas arder y cantar como aquella noche en arameo.

YA NO TENGO MIEDO

No estaba preparada al vacío cuando un disparo me arrancó de la tierra. Sobrevivieron el gorgoteo del agua y el bramido del ciervo, yo me escondí en las calles del atardecer, en la monotonía celeste de las flores difuntas. No era aún madura para otra vida, pero mis gestos estaban embalsamados en el relicario del bosque, y me consagré a los locandieros de ojos proféticos. Vagué como una sonámbula por todos los escenarios posibles, por las naturalezas muertas y por las formas mutables del aire. Mi cuerpo de mármol se convirtió en un árbol donde nidificaban los pájaros. Sentía crecer en las raíces del corazón tiernos brotes aferrados a la carestía de mis huesos. Desnuda de sangre, mis venas se colmaron de horizontes y paisajes. Mi rostro ya no tenía muecas. Yacen en el suelo los fusiles sofocados por la arena y los soldados de infantería con sus penosas incertezas. Mi voz ya no es chatarra ni desecho, sino una estrofa flautada, una lírica coral que resuena en las inflorescencias de los ruiseñores. Al amanecer, mis pies emplumados deslizan sobre la ruta del sol. Mi respiro es un tembloroso aleteo que exhala santuarios de fénix, un suspiro que anima el salto de los grillos, la audaz carrera de la liebre, y el nacimiento de una tímida flor. De mis manos surgen iglesias de lirios, esculturas de viento y templos de sauces. En mi vientre se detuvo el embrión del tiempo en un altar de colores. La nieve, con sus blancas alas, posó en mi cráneo un cetro de terciopelo. Rebose de eternidad mi despedida otoñal. Sueño como los gladiolos con el verano, pero la noche tiene la firmeza de un tirano. El infinito ruge entre los apóstrofes de la memoria, me preparo para la venida del verdugo, enredada en mi sombra no retrocedo. La lluvia llega a tiempo para robar mis lágrimas y alegrar la tierra, gota a gota el sol ha desnudado la nieve. Ahora ya no tengo frío.



ROMPECABEZAS

El hombre escéptico siempre se preguntaba en voz alta: *¿Cuál será el planeta más pequeño de todos?* La pregunta se enredó en sí misma, se retorció y audazmente se compuso en cuerpo y alma; encontró un par de zapatos abandonados y comenzó a caminar hacia la solución. Los zapatos pisaron la carretera que sonreía embriagada de polvo, chocaron contra los diminutos ojos de las piedras, pequeñas canicas que el viento se divierte lanzando contra desconocidos. Las suelas de goma decidieron quedarse atascadas en el adoquín. El granito y el pórfido se disputaban el botín; ganó el hocico de un galgo que las enterró con desenvoltura y en pocos instantes, la pregunta que había tomado otra forma, se encontró con una ráfaga de viento y se aferró tenazmente a las alas de un ganso celeste. El anemómetro medía una velocidad tan alta, que el ganso decidió renunciar al camino por el aire. Descendió a tierra, emigró a lugares lejanos y con él se fue también la pregunta. El hombre escéptico perdió así para siempre su gran interrogante, hasta que un día una paloma mensajera que buscaba incrédulos, le lanzó un huevo aplastado entre las manos.

FENÓMENOS ATMOSFÉRICOS

Un día, en la calle paralela a mi casa, me encontré con un hombre que caminaba a mi lado bajo una sorprendente tormenta. No llevaba paraguas ni impermeable. Seguía su camino y ni una sola gota mojaba su pelo, sus ropas, ni siquiera sus zapatos. El hecho es que a veces, solo lo que es visible existe realmente, pero cada uno ve lo que piensa o imagina. Así que, bajo el mismo cielo, llovía y no llovía. Él simplemente no veía la lluvia y la lluvia no lo tenía en cuenta. Volví a casa, cerré la puerta con fuerza, me sequé, pero todavía estaba mojada.

LA FIESTA DE LOS CUERVOS

Me invitaron a la fiesta de los cuervos. Una mujer que nunca había visto, se acercó y con voz irreal me dijo: *Te llevaré conmigo, caminaremos entre la vegetación de los astros, más allá del recinto terrestre y entre las columnas de Hércules, el cielo, con su antiguo paso, mostrará a tus ojos su rostro de artesano de las estrellas.* Los frailes del convento decían que era una monja, muerta hacía mucho; pero yo la veía, estaba allí, ¡parecía dormida! Su cuerpo flotaba movido por el viento, sus pasos eran piedras entumecidas entre lirios marinos y pájaros de coral. Su cuello flexible como el de un cisne, se alargaba hasta las copas de los cipreses, que dormitaban apoyados en la noche. Entre los sauces, las lechuzas abrían los ojos de la luna, cambiantes de todos los colores del iris. El cielo se movió hacia nosotros dejando caer una silueta, un payaso de metal escondió su sonrisa en el cuerpo de una mariposa. El banquete comenzaba a medianoche, el sendero era una imagen deshecha por el tiempo, un daguerrotipo de rostros sagrados vibraba como un insecto, las nubes de plomo se desmoronaban como pan fragante. A pocos pasos de la casa, una verja dorada cerraba la entrada. Pequeños carruajes de rosas escarlatas llevaban sus brotes al museo de la oscuridad. Un espantapájaros que brillaba de miseria nos pidió un puñado de plumas o cabellos, le di algunos y nos dejó pasar. La monja vio a Bruegel el Viejo corriendo hacia la Torre de Babel con una Biblia en la mano, un guardián esparcía aromas sagrados en los jardines de Babilonia y Nínive se desnudaba entre nuestros dedos, ladrillo a ladrillo, página a página. Entramos, había cuervos por todas partes, un ejército de cuervos negros como el azabache, cabalgaba sobre la oscuridad sin mover ni un grano de polvo. Algunos peinados con trenzas, otros calvos con gorros de plumas, otros con yelmo y escudo. Nos sentamos alrededor de la mesa de papel, adornada con rosas rellenas de abejas y candelabros de miel. La monja dio un respingo, cuando vio un pavo real completamente blanco, de encaje finísimo, que decoraba los pasillos del cielo. Pidió un pincel para pintar la fiesta, pero se quedó dormida en el cuadro. Pensé que tal vez nunca había despertado de su largo sueño. La fiesta estaba a punto de terminar, pero la pintura cobró vida y se convirtió en paisaje. La monja se disolvió como azúcar y el

viento se llevó todos los granos. Era el amanecer en el paisaje de papel, me miré en el espejo del sol, tenía el aspecto de un pájaro y sobre mi cabeza crecían plumas negras como la noche.

LOS DESCONOCIDOS

Con el cambio de estación, algunas especies sienten la necesidad de emigrar. También en mi casa, una vez, algo cambió, vinieron a visitarme unos desconocidos. Llegaban siempre el mismo día, del mismo mes, a la misma hora. A veces estaba ocupada haciendo algo y de repente, me asomaba a la ventana, miraba a mi alrededor y nada era como antes. El cielo parecía vivo, sostenido por pilares policromados, y pensé: *Debe haber un arcoíris*. Pero recordé que ese día, en las primeras horas de azul, comenzaba la fiesta de la infancia. Afuera, el sol abría sus ojos de trigo, jugando al ángel, con su corriente dorada golpeaba las cabecitas de los lirios, inundaba el prado, extendía su velo sagrado sobre los frutos verdes. De repente, oí pequeños pasos en el patio, un pisoteo de espuma, parecido a la llegada de almas marinas. Una bandada de gaviotas inundó mi casa con humildes pasos de maíz y cuerpos de uva blanca. Estaban cansados por el largo viaje, se sentaron a mi alrededor y me dijeron: *¡Prepárate! Ponte tu gorra celeste, lleva tus flores favoritas, deja tu refugio de sombra. Esta vez continuarás el viaje en la calesa del amanecer, volverás al sueño, a tu antigua y ciega memoria de golondrina.*



MEMORIAS

Me pusieron camisa de fuerza y no me di cuenta, me encontré sentada cerca de mi cama con los brazos encadenados y los ojos atrapados en un grito. Alguien se atrevió a ponerme camisa de fuerza, y me quedaba ancha, aún tenía clavos. Quise quitármela, lo intenté muchas veces, pero no lo logré. Mi cuerpo se erguía en vertical a la altura de la luna, reduciéndose. Todas mis ropas me quedaban estrechas. Mi falda descolorida, mis sandalias de hierro, mi abrigo de granito. En mi bolsillo tenía muchas llaves, pero ni una servía para abrir esa red tejida de angustia. También el corazón me quedaba grande, aunque me lo cosieron a mordiscos. Lo miré, era tibio, tenía color de neblina y recorría un camino sin cielo ni tierra, sin sonidos. Le faltaba el ardor y el aliento. Me lo quitaron frío con todos sus clavos y todavía sangraba.

MUERTE DE UN SUEÑO

Podría haber enfrentado al enemigo, pero lo dejé pasar. No se puede retener lo que fluye, solo se puede retroceder al instante exacto en el que nuestro tiempo interior se detuvo.

Una vez descubrí un camino en medio de la nada, estaba cerrado por todos lados, solo tenía una pequeña entrada, como un orificio para mi cuerpo de niña. Rodeada de bosques impenetrables y caminos de lagartijas. Pero estaba en medio de la nada, los campos cercanos no tenían vida, parecían disolverse dejando solo restos de lo que fueron, huellas de pájaros, un taller de alas quemadas por los rayos del sol. En una mañana somnolienta, me puse en marcha como si me sintiera atraída e hipnotizada hacia un destino. Era de día, pero las estrellas aún no habían desaparecido, ni tampoco la luna, y pensé que llevaba caminando desde el día anterior. Llegué tarde para apagar la noche y temprano para encender el sol. Con esta mentira, este engaño, cerré la realidad y me dirigí hacia rostros desconocidos por un camino de susurros moribundos. Vi el camino en la sombra, la calle estaba allí, en silencio, esperando mis pasos, las pequeñas huellas de mis zapatos, me esperaba para contarme su historia, me sonreía con sus ojos oscuros e inalterables. Me desperté al día siguiente con el ruido de una fuerte explosión, estaba asustada. Mi madre vino a mi habitación y me dijo: *Sabes, están destruyendo el camino del viejo cementerio donde de niña jugabas con los fantasmas de las mariposas.*

ME FUI

Una mañana me encaminé en silencio, siguiendo una débil voz en las huellas de la nieve. Volví muerta. Me veía tan definitiva en ese ataúd, tan nítida y transparente que podía perseguirme hasta mi infancia, colgada del columpio de agua de donde fui arrancada aún cubierta de sangre. ¿Cómo podía sentirse sola la muerte si mi vida la llenaba? Todo se había hecho como para morir un día cualquiera. El escenario fue impecable, muchos vinieron a visitarme para despedirse, me llenaron la cabeza de flores, colocaron una cruz sobre mi pecho y otra entre mis manos, me miraban como se observa a los santos o a los mártires, con la misma amarga ternura. Incluso llegó el trapecista, con su cara de águila, sus acrobacias y sus vuelos. Mi muerte no me decepcionó, todo se hizo según las reglas del juego, incluso mi cadáver fue indulgente, no olía a carroña y era más fascinante de lo que pensaba, con su rostro ardiente como el del demonio. Los actores seguían los cánones del texto, lloraban tan realmente que por un momento pensé que yo también iba a romper a llorar ante la farsa, pero ninguna lágrima brotó de mis ojos entrecerrados, las había gastado todas antes de encontrarme boca abajo comiendo tierra, la misma que me acogió tan amablemente abriendo sus brazos y susurrando: *Chica, este no es tu debut en el ultraterrenal, ya estabas muerta antes de saltar al vacío.*

VANITAS

Me gustaría dejar de existir, decía el pintor dirigiéndose a sus numerosas criaturas.

Una de ellas respondió: *¿Qué significa no existir?*

¿Qué sombrero eres?, preguntó el hombre.

Soy el gorro del pensador, traigo las brumosas charlas del invierno y el vino tinto añejo, ¡del que tú eres tan goloso!

No quiero hablar con ningún pensamiento, ya sea viejo o joven, ¡vete, pues!

El artista continuó: *Cuánto me gustaría permanecer pintado en el rostro de la nada, cerrar los ojos antes de las lágrimas y dormirme sobre un tapete de agua que alivie mi dolor.*

Un sombrero abandonado en una silla vieja y cubierto de polvo, exclamó: *¿Qué quieres decir? ¿Acaso hablas de querer poner fin a tus días?*

No recordaba haber tenido un sombrero con una voz tan oracular, revélame tu identidad.

Soy el sombrero que te protegió en verano, mientras el sol devoraba el aliento de la tierra, embriagándome con sus rayos.

El pintor, en un arranque de ira, se levantó de la mesa y lanzándole un pincel, dijo: *Quítate de en medio; aunque apenas puedo reconocerte de lo ciego que estoy, no quiero escuchar tus tonterías de gran bebedor, de héroe luminoso, lleno de luz moral y profética.*

De repente, el otoño llamó a la puerta; tenía los ojos de Redon velados por la niebla y un rostro decadente; abrió la puerta, se sentó en el sofá, miró al hombre y dijo: *Mi querido amigo, eres la mejor naturaleza muerta de todas las que has pintado.* El pintor desapareció como por encanto. El viento se llevó todo lo que el hombre había representado, dejando intacta una paleta aún limpia. Redon se quitó el sombrero y comenzó a llover. Llovían los siglos de la pintura y se derramaban a raudales en la morada del maestro. La historia no tiene un final claro, y nunca se supo si fue la llegada

del otoño la que vació de sus bolsillos una gigantesca alfombra de agua o los sombreros los que lloraban la desaparición del maestro que los había creado.



OS SONHOS NÃO FALAM SE SÃO DESPERTADOS

*Gostaria apenas de escrever que este livro é dedicado ao meu querido
amigo Carmine Giannuzzi, que faleceu prematuramente.*

*Eu sei que Ele existe.
Em algum lugar, sua rara vida
o silêncio roubou
de nossos olhos vulgares.*

Emily Dickinson

Improviso sobre Alba Metaponte enquanto brinca com seus fantoches

Estes poemas são como anotações metafísicas do instante, cartas secretas do abismo, uma sonda inesperada no dorso do mistério. Alba Metaponte não os escreve e sim os desentranha da pedra, do musgo, da fonte líquida da vertigem. Vai buscá-los atrás da linha divisória do sonho e da vigília, onde não se sabe ao certo ainda o que há.

Quando Ithell Colquhoun escreve sobre um misterioso tio, ela nos diz: *Eu estava convencida de que ele era louco, mas, mesmo assim, tinha certeza de que possuía poderes além do normal, talvez simplesmente porque tivesse cruzado a linha da insanidade mental.* Ao escrever para Van Gogh, é a vez de Alba lhe dizer: *Antes de se despedir, o sol traçará teu perfil amputado, oscilando como um amuleto sobre a paisagem do seu drama.*

Nos dois casos um mundo resplandecente se mistura às cores mais preciosas de um enigma. Nelas – a inglesa, a italiana, ambas ocultistas – provamos as figurações de um labirinto erguido à soma de verbos. Graças às suas afinidades com o assombro nós vamos aprendendo a tocar a partitura intuitiva dessas vidas que recolhemos em nosso íntimo.

O poema – nos dois casos a prosa poética – aprimora a ressurreição permanente do acaso. Não nos encontramos em um cenário em ruínas, fragmentado, perdidos sem laços ou senhas da matéria primordial. Estamos ali como oferendas de seu ritual de fecundação.

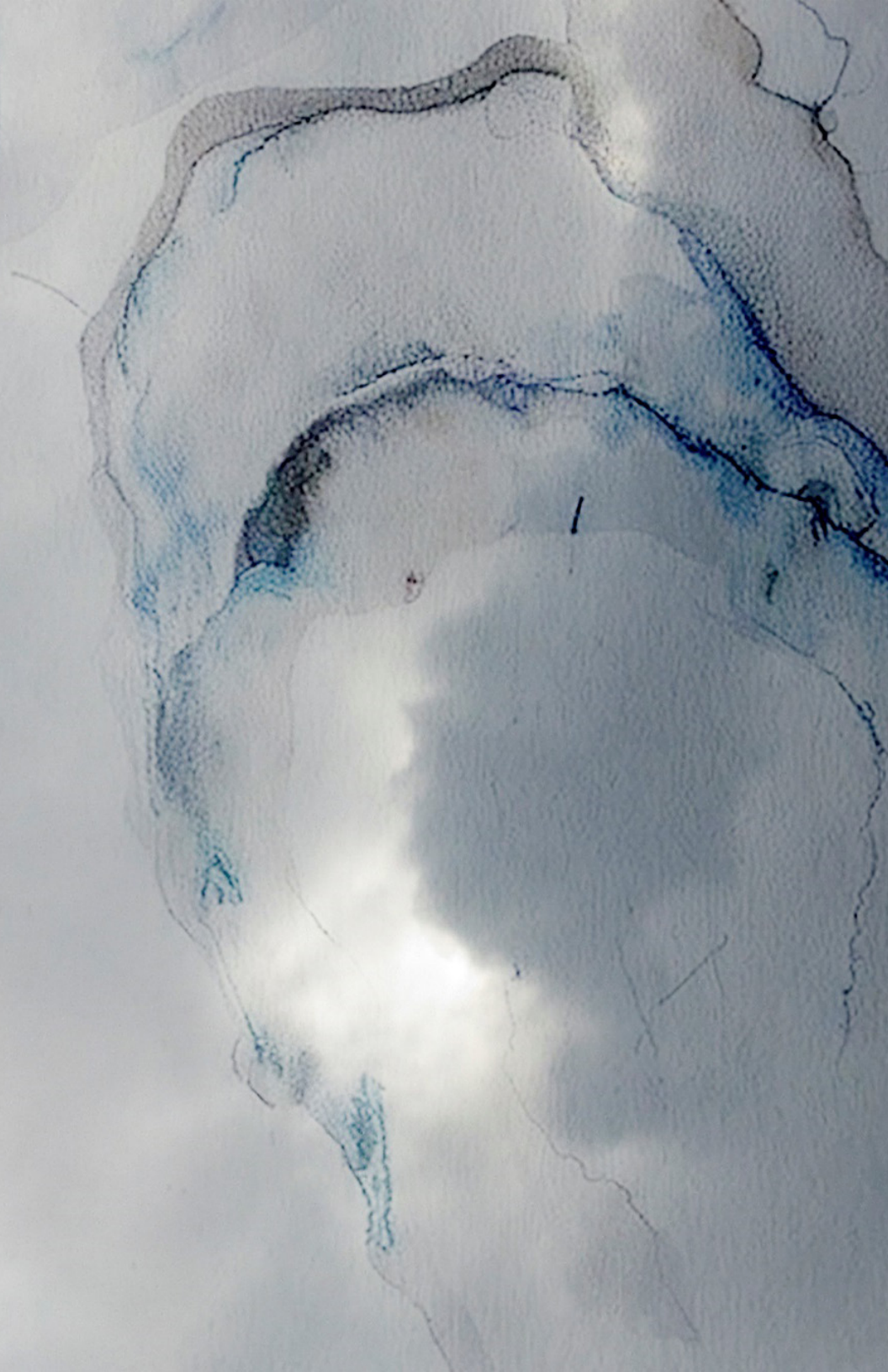
Pensando no presente livro, tudo na leitura das tintas de Alma Metaponte a vemos tatear como se nos permitisse perceber um deus através do sêmen do horizonte, cada símbolo

é a própria transcendência de uma lavoura íntima ou de uma assembleia de magos. O individual arrebatado pelo coletivo só se completa quando inverte a polaridade e descobre a linha de pedra vulcânica de seu caminho de volta.

Não à toa ela traça um de seus princípios: *Possuo apenas os anos passados e meus pés, discípulos da vertigem que se desvanece nas florestas violetas da imaginação.* O orvalho da intuição, uma palavra vegetal, a silhueta do orgasmo. Ela sabe que a arte se oculta nas pitadas místicas dos truques sinestésicos mais banais.

Tudo nela, em sua criação, nos abraça como um impulso permanente, que permite que os sonhos não sejam despertados. Tudo nela pertence à liberdade. Como uma fórmula mágica cujos componentes se alteram constantemente.

Floriano Martins



AS SONÂMBULAS

A menina de sapatos apertados arrastava sininhos para enfeitar sua imagem de vendedora de sonhos. As urtigas se agarravam aos seus saltos de lebre e exultavam de alegria, e como sanguessugas gravavam as formas da fome e da sede em sua pele branca. Ela vendia suas miragens a preço de banana: bonecas de papel com cabelos de verdade e andorinhas de açúcar. Comprei as de olhos fechados, as sonâmbulas de cabelos longos trançados com flores de sabugueiro. Pareciam damas de honra, noivas famintas, entorpecidas pelo brilho dos grãos de açúcar. O sol se rendeu às pálpebras lânguidas da aurora, e o vento, estendendo-se sobre o rio, saciou sua sede, brindando ao aniversário dos sonhos. Voltei para casa sem me despedir das estrelas; a última borboleta esvoaçou no eco de seu riso, uma obra póstuma da noite bordada nas asas de um anjo. Adormeci nos lábios de um duende, e a porta se fechou com meu último bocejo. Algo aconteceu naquela noite; eu nunca soube o que era aquele turbilhão furioso. O segredo estava confiado ao voo das pipas. As bonecas despertaram, arrastando seus corpos de papel do aparador para o chão, como caracóis frutados, deixando a cozinha coberta de saliva e xarope de sabugueiro. Sentaram-se famintas ao redor da mesa e falaram aos meus sonhos. *Diga-me, criança, quem é a dama vestida de flores que vagueia pelo deserto perseguindo a ficção, a mesma que, vestida de mel, sopra o pólen do sol e busca seu caminho na astronomia dos pássaros?*

Vimos um homem sem penas em um circo com uma máscara asteca; ele usa o verde dos seus olhos, masca tabaco e cospe sangue em seu chapéu de mágico, liberando deliciosos cadáveres de pássaros. Enquanto o horizonte se estendia nas veias da aurora, as velas irradiavam a última gota de escuridão. Hesitei no corpo do fogo, onde marionetes se refletiam, inspirando meu hálito em pequenos goles. Uma faísca voou até minha cabeça,

brilhando como açúcar. Acordei em um circo, meu cabelo tinha crescido até os pés e, sobre minha longa juba, galopavam cavalos enlouquecidos que explodiam em chamas como toucinho em meu corpo de papel.

PRINCÍPIOS, PRECEITOS E REGRAS

Meu pai e eu chegamos ao consultório médico. A sala de espera estava lotada. Não nos sentamos; parecia supérfluo. Se tivéssemos pegado mais duas cadeiras, nossa espera teria sido mais longa. A ergonomia deu saltos gigantescos, e o conforto das cadeiras teria induzido um estado de relaxamento excessivo. Decidimos permanecer eretos, com o corpo na posição correta e o olhar fixo no teto escamoso, um monstro de fibra de vidro que graciosamente, quase silenciosamente, registrava todas as conversas absorvidas pelas paredes. Meu pai andava de um lado para o outro, sempre pisando nos mesmos azulejos com um ritual perturbador. Eu, por minha vez, mantive a nuca ao sol. As entradas e os corredores movimentados tinham semáforos imaginários para evitar que as pessoas colidissem no incessante pisoteio. Pessoas com problemas de visão só viam verde. Comecei a contar os passos dos sapatos entrando e saindo, e vice-versa. A vida é cheia de maravilhas como essa, a matemática dos passos. Os sapatos não deixavam pegadas, mas de uma sola se contorciam criaturas curvas, cilíndricas ou redondas. Algumas estavam dispostas em cubos, coloridas como invertebrados marinhos. Elas se moviam muito rápido em todas as direções, deixando um rastro pegajoso e multifacetado. Um par formou uma massa cinzenta na junta aberta do piso, debatendo-se e aparentemente sufocando. Não havia oxigênio, apenas setas direcionais. Uma delas se despreendeu, rastejou com dificuldade e finalmente deslizou para o bolso do infectologista, subindo lentamente o pomo de Adão como se estivesse escalando uma montanha, ofegando plasticamente. Reuni coragem e, com a leveza de um atleta, lançou-se entre as fendas rosadas da úvula. O médico nos chamou.

PARA VINCENT

Meu querido amigo, no pátio do hospital de Arles vi um troféu macabro: um buquê de gladiolos manchado de sangue, e as tuas telas queimam na natureza-morta de um asilo. O que escrevo hoje é um punhado de terra seca encontrada em uma gaveta antiga onde eu havia relegado minha imaginação. O jardim murchou com sua ausência; as papoulas e os girassóis pairam à beira da morte. Partiste, deixando a última íris definhando em cobalto, depois de ter encerrado as cores nos interstícios do vazio. Não há vestígio de cinábrio nos torrões, mas a terra ainda fala sua língua com as sílabas dos espaços santificados em linhas ondulantes e paralelas. Tu, que conheces o vigor das estrelas, envia-me as cores que brotam de teus olhos, para que eu possa embelezar suas faces encovadas, a cartilagem do tamarindo, o lirismo da rosa-mosqueta. Eu poderia reunir em teu nome o bater de asas dos pássaros na abside da criação ou a suavidade sedosa do vento sobre o amarelo vibrante de Saint-Rémy. Que o voo dos pardais ecoe sobre a terra âmbar e que tuas mãos eternas se estendam como ciprestes, solícitas como frutos verdes que capturam as estrelas enlouquecidas e despertam as cinzas sagradas da oliveira. Duvido da tua transitoriedade como duvido de tudo o que é imortal. Alquimista que segura os frágeis ossos da noite com pinceladas nervosas, tu te escondes ao ar livre na extravagante obsessão pela luz, ilusionista flamenga, uma dama vestida de sombras roubou o encanto do teu céu estrelado onde agora te escondes, incrustada nas telas amarelo-ocres. A lua irrompe entre teus dedos e tu a pintas de olhos fechados, espalhando suas sementes que florescerão em amendoeiras de chita. Antes de se despedir, o sol traçará teu perfil amputado, oscilando como um amuleto sobre a paisagem do seu drama.



O MÁGICO

O mágico vivia em profunda solidão, saindo apenas para comprar comida e retornando rapidamente por uma rua estreita ladeada por dóceis árvores azuis. Às vezes, esquecia-se de algo, mas nunca voltava. Tinha profunda vergonha de seu rosto semelhante ao de um tatu, então só saía usando uma capa preta para escondê-lo. Ninguém jamais viu seu rosto. Ele só precisava dos olhos para se orientar. Suas pupilas dilatavam ou contraíam com as estações do ano. Sua vida era uma sequência de reviravoltas, uma liturgia sem regras que se transformava a cada instante, adornada com candelabros, escrituras sagradas e diversas decorações. O mágico só queria ser mágico e nada mais, mas não fazia figuras de fumaça para qualquer um, nem lançava feitiços para escravizar dragões, nem encantava as abelhas que lhe picavam o rosto. Ele girou e girou até ficar de costas para o mundo. Seu chapéu roubou-lhe o dia como um ladrão, e ali só aparecia a sua noite, sua companheira de dentes estrelados, seu ninho faminto por escuridão. E enquanto a lua uivava para os lobos, ele fazia cópias de si mesmo.

O ÚLTIMO VERÃO DE UMA MARGARIDA

Para Mariella

Era dia quando a tua noite chegou. Teu quarto tinha uma cortina de ferro, a lua crescia sem limites e depois encolhia, extinguindo o que restava em teus olhos. Disseram-me para cuidar de ti, então me escondi sob tuas pernas brancas e sem vida. Jazias ali em silêncio com um cravo branco no bolso. Teu teatro se fechou para sempre, e não tinhas mais plateia, apenas a multidão de flores que enchia teu caixão. Te lembras de como amavas as flores? Nós passeávamos por todos os jardins para admirar os bulbos redondos dos jacintos, e davas açúcar e doces a eles para fazê-los sorrir. Pegavas o sangue deles para regar os campos de girassóis; embriões brotariam das rosas de Damasco, e os comerias, deixando os prados sufocarem. Agora não falas comigo, mas ainda gostarias de me contar tuas histórias. Como quando me levaste ao cemitério para conversar com teu marido lunar. Nunca choraste na minha frente, deusa de mármore; veneravas plantas e animais, a lua crescente suspensa da África, os sorrisos sagrados dos antílopes. Não acreditavas em nada além do teu amor, irmã da morte. Não te esqueças, me disseste, de limpar tua lápide, teus olhos imortais de granito, e dançaste com a tua alma no deserto da Arábia. Jamais morreste sem ele. Mas agora eu te vejo tão sem vida, sozinha em teu vestido de lírios, sem raízes, sem solo, silenciosa sob os pilares do céu. Esta noite uma chuva de tulipas cairá em tua homenagem, borboletas se erguerão de teus pés congelados e flores de areia desabrocharão nos desertos. Oliveiras erguerão seus cálices ancestrais ao sorriso do céu e brindarão à tua vida.

MORTE DE UM TEXUGO

Jazias atrás de uma cortina de asfalto, teu corpo tão pesado como se estivesse repleto de medo do desconhecido. A primavera macabra te trouxe um caixão para tua estreia. *A morte é encantadora*, diziam os corvos. *Ele está lá embaixo, deixaram-no na rua*. O silêncio não respondeu, e eu também não. As vozes não cessaram: *Ele está cercado por formigas que acariciam sua imobilidade, fitam suas mãos estendidas como cruzes, deixaram-no sozinho como se nunca tivesse nascido*. A terra estava impregnada da mesma aura fúnebre que cobria a porta e as paredes da lua. Naquele dia, a morte buscou uma maneira de desenhar tua imagem e a encontrou em tua mímica, em tua inteligência como arquiteto das trevas, nas cavidades da terra, no choro de teus irmãos. Tu te tornaste tão pequeno quanto uma gota de sangue, e as moscas dançavam diante do teu caixão, o caixão de um viajante noturno. A noite, como um assassino implacável, te deteve em teu caminho, enquanto escapavas das sombras dos campos de milho em busca de tua liberdade. Ouça os ventos se misturando nos campos, os pássaros chorando no vazio criativo. Tua morte assustou os anjos adormecidos na terra, sob seus corredores cegos, onde agora borboletas semeiam minhocas em um lugar desabitado. Minha mão emergiu de debaixo do teu corpo; eu a contemplei por um instante que pareceu durar mil, e minhas lágrimas ardentes encharcaram teu corpo frio. Não a abandonarei com essa cinza de urtiga em teu peito, com essa ilusão do esquecimento. Deixarei teus passos se espalharem pelo ventre da terra, deixarei tuas raízes se dispersarem, e esperarei pela próxima primavera para encontrá-la no esplendor de uma flor de cerejeira branca, a mesma flor que te deixei em um dia de abril, encharcada de chuva e lágrimas.



DILÚVIO DO MISTÉRIO

Por qual vontade ou feitiço me foi designado um lugar na terra? No exílio, longe das estações do céu, sobre minha cabeça vive a identidade do silêncio; um enigma que divide a luz em duas, narra a marcha dos povos, os corpos que serão julgados pela história e o medo dos invernos frios em favelas suburbanas decadentes. Lançado nesta narrativa sem epílogo, eu também jazo sóbrio como a Eucaristia nas línguas das igrejas. Mas a crueldade me transpassa, as balas do tempo explodem diante dos meus olhos; eu poderia ter morrido sem conhecer a verdade! Ainda caminho, seduzido pelos caminhos da narrativa; alguém delira que já nascemos mortos, pobres almas emaranhadas entre os sábios espectros da criação!

Possuo apenas os anos passados e meus pés, discípulos da vertigem que se desvanece nas florestas violetas da imaginação. Sou um transeunte, um mero enfeite da narrativa, um prisioneiro da ignorância, um antigo exilado dos ancestrais, epígonos que se deleitam em visões dantescas. Se eu tivesse permanecido criança para sempre, teria combatido a decadência e a ignomínia desta terra com a simplicidade de um sorriso, o sacramento da inocência teria sido desfeito. Que ilusão sofisticada selou nossas bocas e costurou nossas línguas com teias de aranha? Alguém, do templo da razão, afirma que só se deve falar do que se sabe, e minhas palavras babam contra as janelas do proibido. Tudo pertence ao nada que gera revelações, êxtases, exéquias, montes de corpos e pedaços de carne expostos em vitrines de perplexidade.

Possuo apenas uma vestimenta improvisada para esta cerimônia, este desfile de mistério onde ficção e realidade são armadilhas atreladas aos fios da história. O mundo inteiro é distorcido pelo conhecimento. Mas o que é a ficção, esta velha viúva que implora à realidade que permaneça oculta como uma ruína no fundo do mar?

A ARTE DAQUILO QUE ACREDITAMOS SER

A existência é um sonho disfarçado; a morte, o carnaval da vida.

Criaturas brancas emergiram do crepúsculo; sua irrealidade guardava mais segredos nos dias de florescimento da lua. Adele, sentada diante da lareira, contava as chamas, tentando, em tom de brincadeira, espantá-las. Minúsculas faíscas irrompiam em línguas de fogo, o bater de asas se espalhava pela casa, multiplicando-se. Os cômodos, prenhes de luz, davam à luz o tempo suspenso no corpo de uma andorinha. O vento assobiava e rangia nas janelas com um som seco. Adele procurava a lua nos sussurros do vento, mas não a via. Atravessou seu museu de dalias, os sorrisos dos vagalumes vibrando a cada passo, recolheu as últimas borboletas ainda despertas em uma tigela e aventurou-se nos casulos da lua. Chegou à beira do sono. Diante de seus olhos, um grande espírito com cabeça de veado marcava com turquesa a linha divisória entre o céu e a terra.

Um jardim aquático murmurava mil línguas entre os nós do bambu e os esporos da samambaia. Um violino do pântano vibrava no esqueleto de uma carpa. A melodia totêmica roçava os sabugueiros em uma música que alimentava a boca dos frutos. As folhas dançavam com os peixes, as árvores dervixes profetizavam ao som inviolável da água, e as damas amendoeiradas desfilavam sobre o brocado de flor de laranjeira. A noite sem lua dançava, sua forma um claro cervo. De repente, os olhos do silêncio se abriram, uma carruagem com cavalos dourados como espigas de trigo trouxe o pão morto da lua. Os timoneiros soltaram as âncoras da videira, a realidade foi pescada pelos estalajadeiros e aprisionada em cálices vermelho-sangue. Em uma liturgia zombeteira, a não existência se santificava junto às águas. Adele procurou a lua nos cachos de Calímaco, mas não a

viu. O céu se abriu, desabrochando em máscaras de açúcar. Em uma paz metálica e delicada como a palma da mão, a carruagem parou e a música verde cessou. A lua procurava Adele nos espelhos da água; dois seres monocromáticos perseguiram o grotesco. O coração de Adele estava perdido na névoa azul; os ossos da máscara rangiam entre seus dedos. A noite se instalou em seus olhos. Criaturas brancas explodiam em minúsculos fogos de artifício; a andorinha parou o tempo, suspensa entre suas asas incineradas.

(Para minha avó e seus fantoches de água)

PEGADAS

À noite, eu ouvia minha gata conversando com alguém. O relógio parava, as horas flutuando em direção à lua. Pela janela, entravam os sorrisos do vento, desabrochando em minúsculos corpos com as almas de gladiolos, crisântemos e dalias. Uma imensa floração, como um cobertor de pegadas, cobria meu quarto com rastros coloridos, cada um falando uma língua diferente: aramaico, fenício, acádio brilhavam em meus espelhos. A gata resplandecia com todas as cores do arco-íris, cobrindo as sombras mais escuras e famintas, aquelas que devoravam tudo que cintilava. Eu os via saborear as cores: o amarelo dos limões, o rubi das romãs, o vermelho do coração dos figos. Eu observava e via o esqueleto aparecer, os ossos crescerem e se cobrirem de carne. De uma pegada emergia um íbis, sua alma depositando ovos redondos de farinha que meu gato rolava pelo chão. O pão chegava imediatamente, e cada alma de pétala se sentava à mesa da cozinha. Eles comeram asas de pombas brancas em um banho de sangue. De repente, ouviu-se um lamento; minha gata saiu e as almas a seguiram. Na margem de um rio, viram um homem se afogando. A gata começou a miar pedindo ajuda, voltando-se para seus seguidores. Havia apenas migalhas de fome no chão. As almas retornaram ao corpo que, séculos antes, fora lançado ao rio após ser crucificado. O céu ficou branco como pão no voo de uma gaivota. Nunca exibira tamanha beleza; nunca se ouvira as estrelas brilharem e cantarem em aramaico como naquela noite.

NÃO TENHO MAIS MEDO

Eu não estava preparado para o vazio quando um tiro me arrancou da terra. O murmúrio da água e o mugido dos cervos sobreviveram; eu me escondi nas ruas do crepúsculo, na monotonia celestial das flores murchas. Eu ainda não estava maduro para outra vida, mas meus gestos foram preservados no relicário da floresta, e eu me consagrei aos andarilhos de olhos proféticos. Vaguei como um sonâmbulo por todos os cenários possíveis, por naturezas-mortas e as formas mutáveis do ar. Meu corpo de mármore tornou-se uma árvore onde os pássaros faziam ninho. Senti brotos tenros crescendo das raízes do meu coração, agarrando-se à escassez dos meus ossos. Desprovido de sangue, minhas veias transbordavam de horizontes e paisagens. Meu rosto não mais ostentava caretas. Rifles jazem no chão, sufocados pela areia, e os soldados da infantaria com suas dolorosas incertezas. Minha voz não é mais sucata ou lixo, mas uma estrofe como a de uma flauta, uma lírica coral que ressoa nas inflorescências dos rouxinóis. Ao amanhecer, meus pés emplumados deslizam pelo caminho do sol. Minha respiração é um tremor que exala santuários de fênix, um suspiro que anima o salto dos grilos, a corrida audaciosa da lebre e o nascimento de uma flor tímida. De minhas mãos brotam igrejas de lírios, esculturas de vento e templos de salgueiros. Em meu ventre, o embrião do tempo parou em um altar de cores. A neve, com suas asas brancas, colocou um cetro de veludo sobre meu crânio. Minha despedida outonal transborda eternidade. Sonho como gladiolos de verão, mas a noite tem a firmeza de um tirano. O infinito rugue entre as apóstrofes da memória; preparo-me para a chegada do carrasco, emaranhada em minha sombra, não recuo. A chuva chega bem a tempo de roubar minhas lágrimas e alegrar a terra; gota a gota, o sol despiu a neve. Agora não sinto mais frio.



QUEBRA-CABEÇA

O homem cético sempre se perguntava em voz alta: *Qual é o menor planeta de todos?* A pergunta se emaranhava, se contorcia e se recompunha com ousadia, corpo e alma; ele encontrou um par de sapatos abandonados e começou a caminhar em direção à solução. Os sapatos trilhavam a estrada, que sorria, embriagada de poeira, e colidia com os minúsculos olhos das pedras, pequenas bolinhas de gude que o vento gosta de atirar em estranhos. As solas de borracha decidiram ficar presas no calçamento. O granito e o pórfiro disputavam os despojos; a pergunta capturou o focinho de um galgo, que a enterrou habilmente, e em poucos instantes, a pergunta, agora transformada, encontrou uma rajada de vento e se agarrou tenazmente às asas de um ganso azul-celeste. O anemômetro registrou uma velocidade tão alta que o ganso decidiu abandonar sua jornada pelo ar. Desceu à terra, migrou para terras distantes e, com ele, foi-se a pergunta. O homem cético perdeu, assim, seu grande enigma para sempre, até que um dia um pombo-correio, em busca de descrentes, deixou cair um ovo esmagado em suas mãos.

FENÔMENOS ATMOSFÉRICOS

Um dia, na rua paralela à minha casa, encontrei um homem caminhando ao meu lado em meio a uma tempestade inesperada. Ele não tinha guarda-chuva nem capa de chuva. Continuou seu caminho, e nenhuma gota molhou seus cabelos, suas roupas ou mesmo seus sapatos. O fato é que, às vezes, só existe o que é visível, mas cada pessoa vê o que pensa ou imagina. Assim, sob o mesmo céu, chovia e não chovia. Ele simplesmente não via a chuva, e a chuva não se importava. Voltei para casa, fechei bem a porta, me sequei, mas ainda estava molhado.

A FESTA DOS CORVOS

Fui convidado para a festa dos corvos. Uma mulher que eu nunca tinha visto aproximou-se de mim e, com uma voz irreal, disse: *Eu te levarei comigo; caminharemos entre a vegetação das estrelas, além dos limites terrenos e entre as Colunas de Hércules. O céu, com seu passo ancestral, mostrará aos teus olhos a sua face, a artífice das estrelas.* Os frades do convento disseram que ela era uma freira, morta há muito tempo; mas eu a vi, ela estava lá, parecia adormecida! Seu corpo flutuava, movido pelo vento; seus passos eram pedras dormentes entre lírios-do-mar e pássaros-coral. Seu pescoço, flexível como o de um cisne, estendia-se até o topo dos ciprestes, que dormiam, encostados na noite. Entre os salgueiros, as corujas abriam os olhos da lua, mudando com todas as cores do arco-íris. O céu se movia em nossa direção, projetando uma silhueta; um palhaço de metal escondia seu sorriso no corpo de uma borboleta. O banquete começou à meia-noite. O caminho era uma imagem desfeita pelo tempo. Um daguerreótipo de rostos sagrados vibrava como um inseto. Nuvens cor de chumbo se desfaziam como pão perfumado. A poucos passos da casa, um portão dourado fechava a entrada. Pequenas carruagens de rosas escarlates carregavam seus botões para o museu das trevas. Um espantalho, brilhando de miséria, nos pediu um punhado de penas ou cabelo. Dei-lhe um pouco, e ele nos deixou passar. A freira viu Bruegel, o Velho, correndo em direção à Torre de Babel com uma Bíblia na mão. Um guardião espalhou aromas sagrados nos jardins da Babilônia, e Nínive se despiu entre nossos dedos, tijolo por tijolo, página por página. Entramos. Havia corvos por toda parte, um exército de corvos negros como azeviche cavalgando na escuridão sem levantar um grão de poeira. Alguns usavam tranças, outros eram carecas com chapéus de penas, outros usavam capacetes e escudos. Sentamo-nos ao redor da mesa de papel, adornada com rosas repletas de abelhas e castiçais de mel. A freira deu um pulo ao ver um pavão completamente branco, feito da mais fina renda, decorando os salões do céu. Pediu um pincel para pintar a festa, mas adormeceu na tela. Pensei que talvez ela nunca tivesse despertado de seu longo sono. A festa estava prestes a terminar, mas a pintura ganhou vida e se transformou em uma paisagem.

A freira se dissolveu como açúcar, e o vento levou todos os grãos. Era amanhecer na paisagem de papel. Olhei para mim mesma no espelho do sol; eu tinha a aparência de um pássaro, e acima da minha cabeça cresciam penas tão negras quanto a noite.

OS DESCONHECIDOS

Com a mudança das estações, algumas espécies sentem a necessidade de migrar. Em minha casa também, algo mudou certa vez; alguns estranhos vieram nos visitar. Eles sempre chegavam no mesmo dia, no mesmo mês, na mesma hora. Às vezes eu estava ocupado fazendo alguma coisa e, de repente, olhava pela janela, dava uma olhada ao redor e nada era como antes. O céu parecia vivo, sustentado por pilares policromáticos, e eu pensava: *Deve haver um arco-íris*. Mas me lembrei de que naquele dia, nas primeiras horas da aurora azul, começou a celebração da infância. Lá fora, o sol abriu seus olhos cor de trigo, brincando de anjo, seu raio dourado atingindo as cabeças dos lírios, inundando o prado, espalhando seu véu sagrado sobre os frutos verdes. De repente, ouvi pequenos passos no quintal, um ruído espumoso, como a chegada de criaturas marinhas. Um bando de gaivotas inundou minha casa com humildes passos de milho e cachos de uvas brancas. Cansados da longa jornada, sentaram-se ao meu redor e disseram: *Prepara-te! Coloque seu gorro azul-claro, pega tuas flores favoritas, deixa teu refúgio sombreado. Desta vez, continuarás a jornada na carruagem da aurora, retornarás ao sono, à tua velha memória de andorinha cega*.



MEMÓRIAS

Colocaram-me em uma camisa de força e eu não percebi. Encontrei-me sentada perto da minha cama com os braços acorrentados e os olhos presos em um grito. Alguém ousou me colocar em uma camisa de força, e era grande demais, ainda tinha pregos. Eu queria tirá-la, tentei muitas vezes, mas não consegui. Meu corpo estava ereto na altura da lua, encolhendo. Todas as minhas roupas estavam apertadas demais. Minha saia desbotada, minhas sandálias de ferro, meu casaco de granito. No meu bolso eu tinha muitas chaves, mas nenhuma abriria aquela teia tecida de angústia. Meu coração também estava grande demais, mesmo que o tivessem costurado com mordidas. Eu o olhei; Era morno, da cor da névoa, e percorreu um caminho sem céu nem terra, sem som. Faltava-lhe calor e fôlego. Tiraram-no de mim, frio, com todas as suas garras, e ainda sangrava.

A MORTE DE UM SONHO

Eu poderia ter enfrentado o inimigo, mas o deixei passar. Não se pode conter o que flui; só se pode recuar para o instante exato em que nosso tempo interior parou.

Certa vez, descobri uma trilha no meio do nada. Estava fechada por todos os lados, com apenas uma pequena entrada, como um buraco para meu corpo infantil. Cercada por florestas impenetráveis e trilhas de lagartos. Mas estava no meio do nada; os campos próximos estavam sem vida, aparentemente se dissolvendo, deixando apenas vestígios do que um dia foram: pegadas de pássaros, uma oficina de asas queimadas pelos raios do sol. Em uma manhã sonolenta, parti como se atraída e hipnotizada por um destino. Era dia, mas as estrelas ainda não haviam desaparecido, nem a lua, e eu pensava que caminhava desde o dia anterior. Cheguei tarde para extinguir a noite e cedo para incendiar o sol. Com essa mentira, esse engano, bloqueei a realidade e segui em direção a rostos desconhecidos por uma trilha de sussurros moribundos. Vi o caminho nas sombras; a rua estava lá, silenciosa, esperando meus passos, as minúsculas pegadas dos meus sapatos. Ela esperava para me contar sua história, sorrindo para mim com seus olhos escuros e imutáveis. Acordei no dia seguinte com o som de uma forte explosão. Fiquei apavorada. Minha mãe entrou no meu quarto e disse: *Sabe, eles estão destruindo o caminho para o antigo cemitério onde brincavas com os fantasmas de borboleta quando eras criança.*

EU PARTI

Certa manhã, saí em silêncio, seguindo uma voz fraca nas pegadas na neve. Voltei morta. Parecia tão definitiva naquele caixão, tão clara e transparente, que podia assombrar minha infância, pendurada no balanço de onde fui arrancada, ainda coberta de sangue. Como a morte poderia se sentir sozinha quando minha vida a preenchia? Tudo fora arranjado para que eu pudesse morrer em qualquer dia. A cena era impecável; muitos vieram me visitar para se despedir, encheram minha cabeça de flores, colocaram uma cruz em meu peito e outra em minhas mãos, olharam para mim como se olha para santos ou mártires, com a mesma amarga ternura. Até o trapezista apareceu, com seu rosto de águia, suas acrobacias e seus voos. Minha morte não me decepcionou; tudo foi feito conforme as regras do jogo. Até meu cadáver foi indulgente; não cheirava a carniça e era mais fascinante do que eu imaginara, com o rosto ardendo como o do diabo. Os atores seguiram o roteiro à risca, choraram de forma tão realista que por um instante pensei que também fosse desabar em lágrimas com a farsa, mas nenhuma lágrima brotou dos meus olhos semicerrados; eu já as tinha usado todas antes de me encontrar de bruços, comendo terra, a mesma terra que me acolheu tão gentilmente, abrindo os braços e sussurrando: *Garota, esta não é a tua estreia na vida após a morte, já estavas morta antes de pular no vazio.*

VANITAS

Eu gostaria de deixar de existir, disse o pintor, dirigindo-se às suas muitas criaturas.

Uma delas respondeu: *O que significa não existir?*

Que tipo de chapéu és? – perguntou o homem.

Sou o chapéu do pensador. Trago a conversa nebulosa do inverno e o vinho tinto envelhecido, que vocês tanto desejam!

Não quero falar com nenhum pensamento, seja ele velho ou jovem. Vá embora, então!

O artista continuou: *Como eu gostaria de permanecer pintado na face do nada, fechar os olhos diante das lágrimas e adormecer sobre um tapete de água que acalme minha dor.*

Um chapéu, abandonado sobre uma velha cadeira e coberto de poeira, exclamou: *O que queres dizer? Estás falando em querer acabar com teus dias?*

Não me lembro de ter tido um chapéu com uma voz tão oracular. Revele sua identidade.

Sou o chapéu que te protegeu no verão, enquanto o sol devorava o hálito da terra, embriagando-me com seus raios.

O pintor, em um acesso de raiva, levantou-se da mesa e, atirando um pincel contra ela, disse: *Saia da minha frente! Embora eu mal consiga te reconhecer, tão cego estou, não quero ouvir tuas bobagens, seu beerrão, seu herói luminoso, cheio de luz moral e profética.*

De repente, o outono bateu à porta; tinha os olhos de Redon velados pela névoa e um rosto decadente; abriu a porta, sentou-se no sofá, olhou para o homem e disse: *Meu caro amigo, esta é a melhor natureza-morta que você já pintou.* O pintor desapareceu como por magia. O vento levou tudo o que o homem havia retratado, deixando apenas uma paleta ainda limpa. Redon tirou o chapéu e começou a chover. Séculos de pintura caíram como chuva e invadiram a morada do mestre. A história não tem um final

claro, e nunca se soube se foi a chegada do outono que esvaziou um gigantesco tapete de água de seus bolsos ou os chapéus que choraram pelo desaparecimento do mestre que os criara.



Ī SOGNI NON PARLANO SE LĪ SVEGLĪ

*Vorrei semplicemente credere che questo libro sia dedicato al mio caro
amico Carmine Giannuzzi, scomparso prematuramente.*

*So che Egli esiste.
Da qualche parte la sua rara vita
il silenzio ha sottratto
ai nostri occhi volgare.*

Emily Dickinson

Improvvisazione su Alba Metaponte mentre gioca con i suoi burattini

Queste poesie sono come appunti metafisici del momento, lettere segrete dall'abisso, un'incursione inaspettata nelle profondità del mistero. Alba Metaponte non le scrive, ma le dissotterra dalla pietra, dal muschio, dalla fonte liquida delle vertigini. Va a cercarli oltre la linea di demarcazione tra il sogno e la veglia, dove ancora non si sa con certezza cosa riservi il futuro.

Quando Ithell Colquhoun scrive di uno zio misterioso, ci dice: *Ero convinta che fosse pazzo, ma nonostante ciò ero sicura che possedesse poteri straordinari, forse semplicemente perché aveva varcato la linea della follia.* Scrivendo a Van Gogh, è il turno di Alba che gli dice: *Prima di dire addio, il sole trincererà il tuo profilo amputato, oscillando come un amuleto sul paesaggio del tuo dramma.*

Ad ogni modo, un mondo splendente si fonde con i colori più preziosi di un enigma. In loro — l'inglese, l'italiana, entrambe occultiste — sperimentiamo le figurazioni di un labirinto eretto dalla somma dei verbi. Grazie alla loro affinità con lo stupore, impariamo a interpretare la partitura intuitiva di queste vite che riuniamo dentro di noi.

La poesia — in entrambi i casi, prosa poetica — esalta la resurrezione permanente del caso. Non ci troviamo in uno scenario in rovina e frammentato, smarriti senza legami né parole d'ordine della materia primordiale. Siamo lì come offerte del suo rituale di fecondazione.

Riflettendo su questo libro, leggendo gli scritti di Alba Metaponte vediamo come lei tenti di sondare, come se ci permettesse di percepire un dio attraverso il seme dell'orizzonte; ogni simbolo è la trascendenza stessa di un raccolto intimo o di un'assemblea di maghi. L'individuo, trascinato dal collettivo, si completa solo quando inverte la polarità e scopre la linea vulcanica del suo cammino di ritorno.

Non è un caso che uno dei suoi principi sia: Possiedo solo gli anni trascorsi e i miei piedi, discepoli della vertigine che

svaniscono nei boschi viola dell'immaginazione. La rugiada dell'intuizione, una parola vegetale, la sagoma dell'orgasmo. Sa che l'arte si nasconde nelle sfumature mistiche dei trucchi sinestetici più banali.

Tutto in lei, nella sua creazione, ci abbraccia come un impulso permanente che impedisce ai sogni di risvegliarsi. Tutto in lei appartiene alla libertà. Come una formula magica i cui componenti cambiano costantemente.

Floriano Martins



La ragazza dalle scarpe strette trascinava campanelle per decorare la sua immagine di venditrice di sogni. Esultavano di gioia le ortiche aggrappate ai suoi salti di lepre e come sanguisughe incidevano sulla cute bianca le forme della fame e della sete. Vendeva i suoi miraggi a poco prezzo, bambole di carta con capelli veri e rondinelle di zucchero. Comprai quelle con gli occhi chiusi, le sonnambule dai lunghi capelli intrecciati con fiori di sambuco. Sembravano damigelle, spose affamate, intorpidite nel luccichio dei granelli di zucchero. Il sole si arrendeva nelle palpebre languide dell'alba e il vento, disteso sul fiume si dissetava brindando al compleanno dei sogni. Tornai a casa senza salutare le stelle, l'ultima farfalla volteggiava nell'eco della sua risata, opera postuma della notte ricamata sulle ali di un angelo. Mi addormentai sulle labbra di un folletto e la porta si chiuse con il mio ultimo sbadiglio. Qualcosa accadde quella notte, non seppi mai di quel turbinio furioso, il segreto fu consegnato al volo degli aquiloni. Le bambole si erano svegliate, trascinavano i loro corpi di carta dalla credenza al pavimento come lumache fruttate lasciando la cucina imbandita di saliva e sciroppo di sambuco. Sedevano intorno al tavolo affamate e parlavano ai miei sogni. *Dimmi bambina, chi è la signora vestita di fiori che deambula nel deserto rincorrendo la finzione? La stessa che vestita di miele soffia sul polline del sole e cerca il suo cammino nell'astronomia degli uccelli?* Abbiamo visto un uomo senza piume in un circo con una maschera azteca, indossa il verde dei tuoi occhi, mastica tabacco e sputa sangue nel suo cilindro di mago, liberando deliziosi cadaveri di uccelli. Mentre l'orizzonte si stendeva nelle vene dell'aurora, le candele riflettevano l'ultima goccia di buio. Io vacillavo nel corpo del fuoco, dove si specchiavano bambole che bevevano a piccoli sorsi il mio respiro. Una scintilla volò sulla mia testa, brillavo come lo zucchero. Mi svegliai in un circo, i miei capelli erano cresciuti fino ai piedi e, sulla mia lunga criniera galoppavano cavalli imbizzarriti che presero fuoco come stoppie sul mio corpo di carta.

PRINCÌPI, PRECETTI E REGOLE

Io e mio padre arrivammo dal dottore. La sala d'aspetto era stracolma di gente. Non ci sedemmo, ci sembrò superfluo. Se avessimo occupato altre due sedie, la nostra attesa si sarebbe prolungata. L'ergonomia ha fatto passi da gigante e il comfort delle sedute ci avrebbe procurato uno stato di relax eccessivo. Decidemmo entrambi di rimanere protesi verso l'alto con il corpo eretto e gli occhi puntati al soffitto squamoso, un mostro di lana di vetro che raccontava con garbo, quasi in silenzio, tutti i discorsi assorbiti dalle pareti. Mio padre camminava avanti e indietro, calpestando sempre le stesse mattonelle con un rituale antipatico. Io, per conto mio, tenevo la nuca al sole. Le entrate e i corridoi con molto traffico pedonale avevano semafori immaginari per evitare che le persone cozzassero in un calpestio senza sosta. La gente con problemi oculistici, vedeva solo il verde. Mi misi a contare i passi delle scarpe che uscivano, entravano e viceversa. La vita è piena di meraviglie come questa, la matematica dei passi. Le scarpe non lasciavano impronte, ma da una suola guizzarono esseri ricurvi a forma di cilindro o rotondi. Alcuni disposti a cubo con colorazione di invertebrati marini. Correavano velocissimi in tutte le direzioni lasciando una scia appiccicosa e multiforme. Una coppia formò una pappetta grigia nel giunto aperto di un pavimento, si dibatteva e sembrava soffocare.

Non c'era ossigeno, solo frecce direzionali. Una si staccò, strisciò faticosamente e finalmente si infilò nel taschino della giacca dell'infettivologo, salì pian piano per il pomo d'adamato come scalando una montagna, ansimando plasticamente. Si fece coraggio e con la leggerezza di un atleta si lanciò tra le fessure rosate dell'ugola. Il medico ci chiamò per entrare.

A VINCENT

Caro amico, nel cortile dell'ospedale di Arles ho visto un macabro trofeo, un mazzo di gladioli è pigmentato di sangue e le tue tele bruciano nella natura morta di un manicomio. Ciò che scrivo oggi è un pugno di terra secca ritrovata in un vecchio cassetto dove avevo relegato la mia immaginazione. Il giardino è sfiorito per la tua assenza, i papaveri e i girasoli aggirano la morte. Sei andato via lasciando l'ultimo iris languire nel cobalto, dopo aver recintato le cromie negli interstizi del vuoto, non vi è traccia di cinabro nelle zolle, ma la terra parla ancora la tua lingua con le sillabe di spazi sacralizzati in linee ondulate e parallele. Tu che conosci il vigore degli astri, mandami i colori che stillano dai tuoi occhi, che io possa abbellire le tue gote incavate, la cartilagine del tamarindo, la lirica della rosa canina. Potrei riunire in tuo nome il battito d'ali degli uccelli nell'abside della creazione o la morbidezza serica del vento sul giallo vibrante di Saint-Rémy. Lascia che il volo dei passeri echeggi sulla terra ambrata e disegna le tue mani eterne come cipressi, premurose come frutti acerbi che catturano le stelle impazzite e destano le sacre ceneri dell'ulivo. Dubito della tua caducità come di ogni cosa immortale. Alchimista che sostieni le fragili ossa della notte con pennellate nervose, ti occulti en plein air nell'ossessione stravagante della luce, fiammingo illusionista, una dama vestita di penombra ha rubato l'incanto del tuo cielo stellato dove ora ti nascondi intarsiato sulle tele giallo ocra. E' esplosa la luna tra le tue dita e tu la dipingi ad occhi chiusi, spargendo i suoi semi che fioriranno in mandorli di chintz.² Il sole, prima di salutarti tratterà il tuo profilo amputato che oscilla come un amuleto sul paesaggio del suo dramma.

2 Il Chintz è un tessuto di calicò stampato, dipinto, macchiato o smaltato a blocchi di legno che ha avuto origine in India nel XVI secolo.



IL MAGO

Il mago viveva in profonda solitudine, usciva solo per comperare cibo e rientrava correndo per una strada decorata con docili alberi azzurri. A volte dimenticava qualcosa, ma non tornava mai indietro. Si vergognava molto della sua faccia da formichiere, per questo usciva con un mantello nero per nascondere il suo volto. Nessuno vide mai la sua faccia. Solo gli servivano gli occhi per non perdere la rotta. Le sue pupille si allargavano o si riducevano secondo le stagioni. La sua vita era una sequenza di colpi di scena, una liturgia senza regole che mutava in ogni istante adornata di candelabri, scritte sacre e varie decorazioni.

Il mago solo voleva essere mago e niente di più, però non confezionava figure di fumo per chiunque, né faceva incantesimi per domare dragoni, e nemmeno innamorava le api che gli pungevano il volto. Girava e rigirava fino a puntare la direzione opposta. Il cappello gli rubava il giorno come un ladro, e lì solo appariva la sua notte, la sua compagna con denti stellati, il suo nido affamato di buio. E mentre la luna ululava ai lupi, lui faceva copie di se stesso.

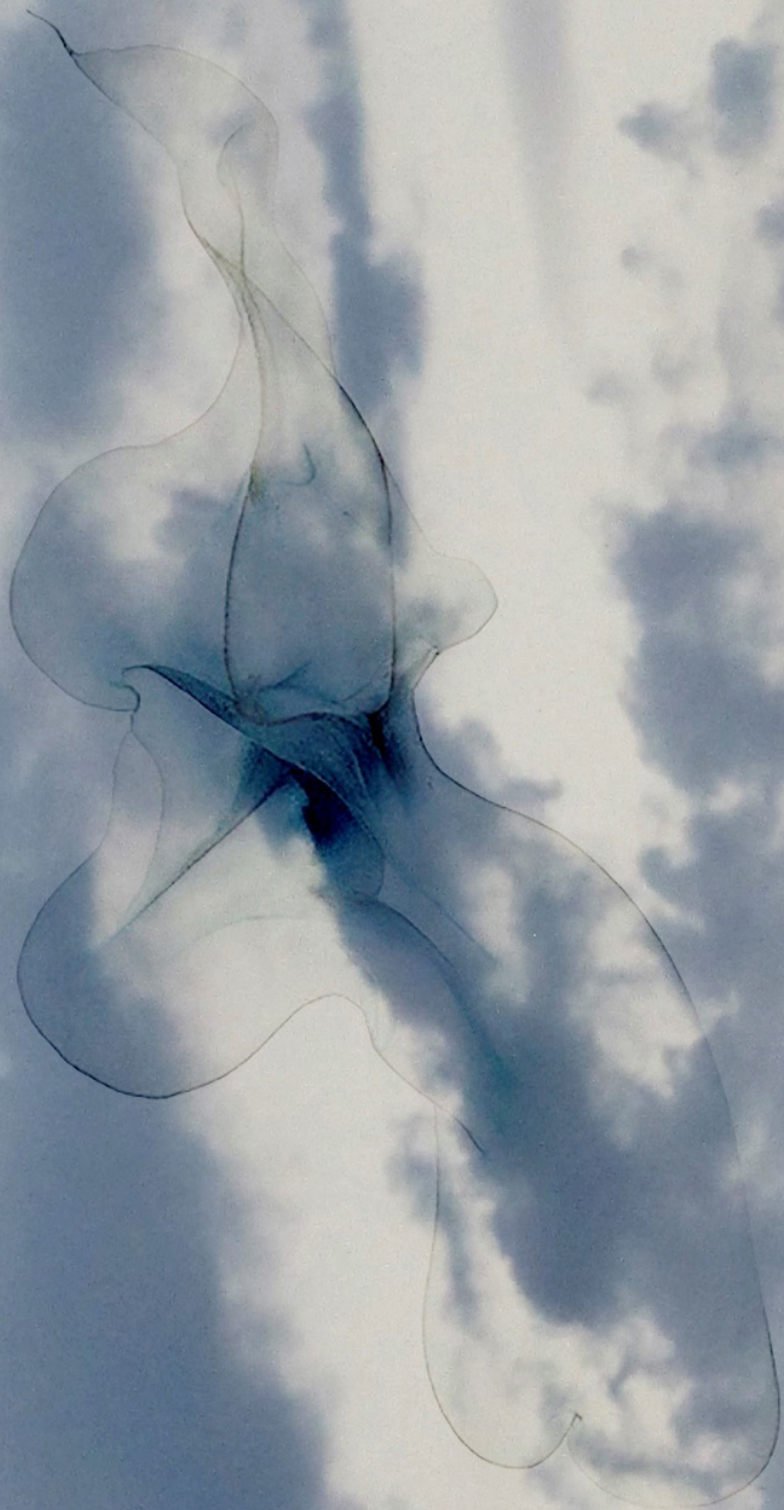
L'ULTIMA ESTATE DI UNA MARGHERITA

A Mariella

Era giorno quando arrivò la tua notte. La tua stanza aveva un sipario di ferro, la luna cresceva senza limiti e subito si riduceva spegnendo ciò che restava nei tuoi occhi. Mi dissero di vegliarti, così mi nascosi sotto le tue gambe bianche di morta. Tu eri lì pacata, con un garofano bianco nel taschino. Il tuo teatro chiudeva per sempre e ormai non avevi più pubblico, ma solo la moltitudine di fiori che riempiva la tua bara. Ti ricordi quanto amavi i fiori? Andavamo in tutti i giardini a guardare i bulbi rotondi dei giacinti, e tu gli regalavi zucchero e caramelle per farli sorridere. Ti levavi il sangue per irrigare i campi di girasoli, germogliavano embrioni dalle rose di Damasco, e tu li mangiavi lasciando asfissiare i prati. Adesso non mi parli, però ti piacerebbe ancora raccontarmi le tue storie. Come quando mi portavi al cimitero, per conversare con il tuo sposo di luna. Non hai mai pianto davanti a me, dea di marmo, veneravi le piante e gli animali, la mezzaluna pensile dell'Africa, i sorrisi sacri delle antilopi. Non credevi in niente che non fosse il tuo amore, sorella della morte. Non dimenticare, mi dicevi, di pulire la sua lapide, i suoi occhi immortali di granito e ballavi con la sua anima nel deserto arabico. Non sei mai morta senza di lui. Ma adesso ti vedo così esanime, tanto sola con il tuo vestito di giglio, senza radici, senza terra, silenziosa sotto i pilastri del cielo. Questa notte cadrà una pioggia di tulipani per onorarti, dai tuoi piedi gelati risusciteranno farfalle e nei deserti cresceranno fiori di sabbia. Gli ulivi innalzeranno i loro calici secolari al sorriso del cielo e brinderanno alla tua vita.

MORTE DI UN TASSO

Giacevi dietro un sipario di asfalto, il tuo corpo era così pesante come imbottito di paura per qualcosa che non conoscevi. Macabra la primavera ti portava un feretro per il suo debutto. La morte è incantevole dicevano i corvi. *É laggiù, lo hanno lasciato sulla strada.* Il silenzio non rispondeva e io neppure. Le voci non si fermarono: *É circondato di formiche che accarezzano la sua immobilità, guardano le sue mani distese come croci, lo hanno lasciato solo come se non fosse mai nato.* La terra era imbevuta della stessa aura funesta che ricopriva la porta e le pareti della luna. La morte quel giorno cercava una forma per disegnare la sua immagine e la trovò nel tuo mimetismo, nella tua intelligenza di architetto delle tenebre, nelle cavità del terreno, nel pianto dei tuoi fratelli. Sei diventato così piccolo, come una goccia di sangue e le mosche ballano davanti la tua bara di viaggiatore notturno. La notte come un sicario ti fermò di colpo, mentre con i tuoi piccoli passi di orso uscivi tra le ombre del mais a cercare la tua libertà. Ascolta come si mescolano nel campo i venti, come piangono gli uccelli verso il nulla creatore. La tua morte spaventò gli angeli che dormivano nella terra, sotto i tuoi corridoi di cieco, dove adesso le farfalle seminano vermi in un luogo disabitato. Sotto il tuo corpo emerse la mia mano, ti ho guardato per un istante che furono mille e le mie lacrime ardenti hanno bagnato il tuo corpo freddo, non ti abbandonerò con questa cenere di ortica nel petto, con questo inganno dell'oblio. Lascero che i tuoi passi si propaghino nel ventre della terra, che spargano le tue radici, e aspetterò la prossima primavera per incontrarti nel fulgore di un fiore bianco di ciliegio, lo stesso fiore che ti ho lasciato un giorno di aprile imbevuta di pioggia e di lacrime.



DILUVIO DEL MISTERO

Per colpa di quale volontà o incantesimo mi è stato assegnato un posto sulla terra? In esilio, lontana dalle stagioni del cielo, sulla mia testa vive l'identità del silenzio; un enigma che divide la luce in due parti, racconta la marcia dei popoli, i corpi che saranno giudicati dalla storia e il timore dei freddi inverni nei fradici tuguri di periferia. Scaraventata in questo racconto senza epilogo, giaccio anch'io sobria come l'eucaristia nelle lingue delle chiese. Ma la crudeltà mi trafigge il costato, i proiettili del tempo mi esplodono dinanzi agli occhi, avrei potuto morirci senza aver conosciuto la verità! Ma cammino, sedotta dai sentieri della narrazione, qualcuno vaneggia che si nasce già morti, povere anime avvilluppate tra i saggi spettri della creazione!

Solo possiedo gli anni passati e i miei piedi discepoli di vertigini che sfumano nei boschi violetti dell'immaginazione. Sono una passante che ornerà il racconto, prigioniera della non conoscenza, antica esule di avi, epigoni che si trastullano nelle visioni dantesche. Se solo fossi rimasta fanciulla per sempre, avrei osteggiato il marciame e l'ignominia di questa terra con la semplicità di un sorriso, mi avrebbe frodato il sacramento dell'innocenza.

Per quale sofisticato delirio sono state sigillate le nostre bocche e cucite le nostre lingue con la tela di un ragno? Qualcuno afferma dal tempio della ragione di parlare solo di ciò che si conosce, e le mie parole sbavano contro le finestre dei divieti. Tutto appartiene al nulla che genera rivelazioni, estasi, esequie, tumuli di corpi e brandelli di carne esposti nelle vetrine dello sconcerto. Solo possiedo un abito improvvisato per questa cerimonia, questa parata del mistero dove la finzione e la realtà sono trappole legate ai fili della storia. L'intero mondo si deforma per la conoscenza. Ma cos'è la finzione, questa vecchia vedova che supplica alla realtà di rimanere celata come un relitto sul fondo del mare.

L'ARTE DI CIÒ CHE CREDIAMO DI ESSERE

L'esistenza è il sonno in maschera, la morte il carnevale della vita.

Creature bianche saltarono dal crepuscolo, la loro irrealtà aveva più segreti nei giorni di fioritura della luna. Adele seduta davanti al camino, contava le fiammelle giocando a spaventarle. Piccole scintille si aprirono in lingue di fuoco, battiti d'ali dilagarono nella casa, moltiplicandosi. Le stanze gravide di luce, procreavano il tempo sospeso nel corpo di una rondine. I sibili del vento scossero le imposte con un crepitio secco. Adele cercava la luna nelle frasi del vento, non la vide. Attraversò il suo museo di dalie, i sorrisi delle lucciole vibravano con i suoi passi, raccolse in una ciotola le ultime farfalle ancora sveglie, e si addentrò nei germogli della luna. Arrivò al limite del sogno. Davanti ai suoi occhi, un manitù con testa di cervo segnava con il turchese la linea di confine tra il cielo e la terra. Un giardino acquatico balbettava mille linguaggi tra i nodi di bambù e le spore delle felci. Un violino palustre tremava nello scheletro di una carpa. La melodia totemica frizionava i legni di sambuco in una musica che nutriva le bocche dei frutti. Le foglie danzavano con i pesci, gli alberi dervisci vaticinavano al suono inviolato dell'acqua e dame di mandorla sfilavano sul broccato delle zagare. Danzava la notte senza luna, vestendo la sua forma in leggiadro cerbiatto. D'un tratto, gli occhi del silenzio si spalancarono, una carrozza con cavalli dorati come spighe di grano portò il pane defunto della luna. I nocchieri sciolsero le ancore della vite, la realtà fu pescata dagli osti e irretita in calici sanguigni. In una liturgia burlona, l'inesistenza si ergeva santificata dalle acque. Adele cercava la luna nei riccioli di Callimaco, non la vide. Il cielo si schiuse, sbocciando in maschere di zucchero. In una pace palmata e metallica la carrozza si fermò e la musica verde ebbe fine. La luna cercava Adele negli specchi dell'acqua, due esseri monocromi inseguivano il grottesco. Il cuore di Adele si disperse nella nebbia azzurra, tra le sue dita scricchiolavano le ossicine della maschera. La notte attecchì nei suoi occhi. Creature bianche deflagarono in piccoli fuochi d'artificio, la rondine fermò il tempo sospeso tra le sue ali incenerite.

ORME

Di sera sentivo la mia gatta parlare con qualcuno. L'orologio si fermava, le ore si dirigevano verso la luna. Dalla finestra entravano i sorrisi del vento, che fiorivano in piccoli corpi con anime di gladioli, crisantemi e dalie. Una fioritura immensa come un mantello di orme ricopriva la mia stanza di passi colorati, ogni impronta parlava una lingua diversa, l'aramaico, il fenicio, l'accadico rilucevano dentro i miei specchi. La mia gatta brillava di tutti i colori dell'arcobaleno, coprendo le ombre più oscure, le più affamate, che divoravano tutto ciò che risplendeva. Ho visto come sorseggiavano i colori, il giallo dei limoni, il rubino dei melograni, il cuore rosso dei fichi. Guardai, e vidi che appariva lo scheletro, le ossa crescevano e si ricoprivano di carne. Da un'orma emerse un ibis, la sua anima depositava uova rotonde di farina che la mia gatta faceva ruotare sul pavimento. Il pane arrivò subito dopo, e ogni anima di petali si sedeva al tavolo della cucina. Mangiavano ali bianche di colombe in un bagno di sangue. Ad un tratto si udì un lamento, la mia gatta uscì e le anime la seguirono. Sulla riva di un fiume videro un uomo annegare, la gatta iniziò a miagolare chiedendo aiuto, si voltò verso i suoi seguaci, c'erano solo briciole di fame per terra. Le anime tornarono al corpo che secoli prima fu lanciato nel fiume dopo essere stato crocifisso. Il cielo divenne bianco di pane nel volo di un gabbiano. Mai aveva esibito un candore così bello, mai si udirono le stelle ardere e cantare in aramaico come quella notte.

(A mia nonna e ai suoi burattini d'acqua)

NON HO PIÙ PAURA

Non ero preparata al nulla quando uno sparo mi strappò alla terra. Sopravvisse il gorgoglio dell'acqua e il bramito del cervo, io mi nascosi nelle strade del tramonto, nella monotonia celeste dei fiori defunti. Non ero matura per un'altra vita, ma i miei gesti erano imbalsamati nel reliquario del bosco e mi consacrai ai locandieri dagli occhi profetici. Vissi da sonnambula in tutti gli scenari possibili, nelle nature morte e nelle forme mutevoli dell'aria. Il mio corpo di marmo divenne un albero dove nidificavano gli uccelli. Sentivo crescere nelle radici del cuore teneri germogli afferrati alla carestia delle mie ossa. Nuda di sangue, le mie vene si colmarono di orizzonti e paesaggi. Non aveva più ghigni il mio volto. Giacciono a terra i fucili soffocati dalla sabbia, i soldati di fanteria con le loro penose incertezze. Non è più rottame o relitto la mia voce, ma strofa flautata, lirica corale che echeggia nelle infiorescenze degli usignoli. All'alba i miei piedi piumati scivolano sulla rotta del sole. Il mio respiro è un battito d'ali tremulo che esala santuari di fenici, un sospiro che incoraggia il salto dei grilli, la corsa audace della lepre, la nascita di un timido fiore. Dalle mie mani si ergono chiese di gigli, sculture di vento e templi di salici. Nel mio ventre si fermò l'embrione del tempo in un altare di colori. La neve con le sue bianche ali posò sul mio cranio uno scettro di velluto. Brulica di eternità il mio commiato autunnale. Sogno come i gladioli sognano l'estate, ma la notte ha la risolutezza di un tiranno. Ruggisce l'infinito tra gli apostrofi della memoria, mi agghiando per l'arrivo del carnefice, impigliata alla mia ombra non indietreggio. La pioggia giunge in tempo a rubare le mie lacrime e alleattare la terra, goccia a goccia il sole ha disfatto la neve. Ora non ho più freddo.



REBUS

L'uomo scettico si domandava sempre a voce alta: *Quale sarà il pianeta più piccolo di tutti?* La domanda si ingarbugliò su se stessa, si contorse e audacemente si compose in corpo e anima; trovò un paio di scarpe abbandonate e iniziò a camminare verso la soluzione. Le scarpe calpestarono la strada che sorrideva ubriaca di polvere, urtarono contro i minuscoli occhi delle pietre, piccole biglie che il vento si diverte a tirare contro sconosciuti. Le suole in gomma decisero di arenarsi dentro un selciato. Il granito e il porfido si disputavano il bottino; ebbe la meglio il muso di un levriero che le sotterò con disinvoltura e in pochi istanti, la domanda riprese un'altra forma, incontrò una folata di vento e si aggrappò tenacemente alle ali di un'oca celeste. L'anemometro misurava una velocità talmente alta, che l'oca decise di rinunciare al percorso per aria. Discesa in terra, migrò verso terre remote e con lei se ne andò anche la domanda. L'uomo scettico perse così per sempre il suo grande interrogativo, finché un giorno un piccione viaggiatore che cercava increduli, gli lanciò un uovo ammaccato tra le mani.

FENOMENI ATMOSFERICI

Un giorno, nella strada parallela a casa mia, incontrai un uomo che camminava vicino a me, sotto un sorprendente temporale. Non aveva un ombrello e nemmeno un impermeabile. Procedeva per la sua strada e nessuna goccia bagnava i suoi capelli, la sua roba e neanche le sue scarpe. Il fatto è che a volte, solo ciò che è visibile esiste realmente, però ognuno vede ciò che pensa o immagina. Dunque nello stesso cielo, pioveva e non pioveva. Lui semplicemente non vedeva la pioggia e la pioggia non lo prendeva in considerazione. Tornai a casa, chiusi la porta con forza, mi asciugai e tuttavia ero ancora bagnata.

LA FESTA DEI CORVI

Mi invitarono alla festa dei corvi. Una donna che non avevo mai visto, si fece avanti e con voce irreale mi disse: *Ti porterò con me, cammineremo tra la vegetazione degli astri, oltre il recinto terrestre e tra le colonne d'Ercole, il cielo, con la sua vecchia andatura, mostrerà ai tuoi occhi il suo volto di artigiano delle stelle.* I frati del convento dicevano che era una suora, morta da tempo; ma io la vedevo, era lì, sembrava assopita! Il suo corpo fluttuava mosso dal vento, i suoi passi erano pietre addormentate tra gigli di mare e uccelli corallini. Il collo flessibile come un cigno, si allungava fino alle teste dei cipressi, che dormivano addossati alla notte. Tra i salici, le civette aprivano gli occhi della luna, cangianti d'ogni colore dell'iride. Il cielo si mosse verso di noi lasciando cadere una sagoma, un clown di metallo nascose il suo sorriso nel corpo di una farfalla. Il banchetto iniziava a mezzanotte, il sentiero era un'immagine disfatta dal tempo, un dagherrotipo di volti sacri vibrava come un insetto, le nuvole di piombo si sbriciolavano come pane fragrante. A pochi passi dalla casa, un recinto aureo chiudeva l'entrata. Piccole carrozze di rose scarlatte portavano a spasso i loro germogli nel museo dell'oscurità. Uno spaventapasseri brillando di miseria, ci chiese una manciata di piume o capelli, me ne tolsi alcuni e ci lasciò passare. La monaca vide Bruegel il Vecchio che correva verso la Torre di Babele con una Bibbia in mano, un custode spargeva aromi sacri nei giardini di Babilonia e Ninive si spogliava tra le nostre dita, mattone dopo mattone, pagina dopo pagina. Entrammo, c'erano corvi ovunque, un'armata di corvi neri come la pece, cavalcava le tenebre senza muovere un grano di polvere. Alcuni pettinati con trecce, altri calvi con berretti di piume, altri ancora con elmo e scudo. Ci sedemmo intorno al tavolo di carta ornato con rose ripiene di api e candelabri di miele. La suora ebbe un sussulto, quando vide un pavone completamente bianco, di pizzo finissimo che affrescava i corridoi del cielo. Chiese un pennello per dipingere la festa, ma si addormentò nel dipinto. Pensai che forse non si era mai svegliata dal suo lungo sonno. La festa stava per terminare, ma il dipinto prese vita e divenne paesaggio. La monaca si disciolse come zucchero e il vento soffiò via tutti i granelli. Era l'alba nel paesaggio di carta,

mi guardai nello specchio del sole, avevo le sembianze di un uccello e sulla mia testa crescevano piume nere come la notte.

GLI SCONOSCIUTI

Con il cambio di stagione, alcune specie sentono di dover emigrare. Anche a casa mia una volta qualcosa mutò, vennero a visitarmi gli sconosciuti. Arrivavano sempre lo stesso giorno, dello stesso mese, alla stessa ora. A volte ero impegnata a fare qualcosa, e all'improvviso mi affacciavo alla finestra, guardavo intorno, e niente era più come prima. Il cielo sembrava vivo, sorretto da pilastri policromi, e pensai: *Deve esserci un arcobaleno*. Ma ricordai che quel giorno, nelle prime ore di azzurro, iniziava la festa dell'infanzia. Fuori il sole apriva i suoi occhi di grano, facendo il gioco dell'angelo, con la sua corrente dorata colpiva le testoline dei gigli, inondava il prato, stendeva il suo velo sacro sopra i frutti verdi. D'un tratto, sentii piccoli passi nel patio, un calpestio di spuma, simile all'arrivo di anime marine. Uno stormo di gabbiani inondò la mia casa con umili passi di mais e corpi di uva bianca. Erano stanchi per il lungo viaggio, si sedettero intorno a me e dissero: *Preparati! indossa il tuo berretto celeste, porta i tuoi fiori preferiti, lascia il tuo rifugio d'ombra. Questa volta continuerai il viaggio nel calesse dell'aurora, ritornerai al sogno, alla tua memoria antica e cieca di rondine*.



MEMORIE

Mi misero una camicia di forza e non mi accorsi, mi ritrovai seduta vicino al letto con le braccia incatenate e gli occhi intrappolati in un urlo. Qualcuno ha osato mettermi una camicia di forza, e mi stava larga, nonostante avesse chiodi. Provai a toglierla, tentai più volte, non ci riuscii. Il mio corpo si ergeva in verticale all'altezza della luna, riducendosi. Tutta la roba mi stava stretta. La mia gonna sbiadita, i miei sandali di ferro, il mio cappotto di granito. In tasca avevo tante chiavi, ma nessuna serviva ad aprire quel reticolato tessuto di angoscia. Anche il cuore mi stava largo, seppure lo cucirono a morsi. Lo guardavo, era tiepido, aveva il colore della nebbia e percorreva un cammino senza cielo né terra, senza suoni. Gli mancava l'ardore e il fiato. Me lo tolsero freddo con tutti i chiodi e tuttavia sanguinava.

RITRATTO DI UN ISTANTE

Senza sapere chi fossi, camminavo con in mano una clessidra. Andavo per le strade dove mi portavano i ricordi. Era sera, le ombre lambivano un cielo esile e stanco, il silenzio mordeva i miei passi e il suo suono ammantava i sentieri bui. Arrivai correndo in un boschetto di querce e vidi un uomo seduto su una grossa pietra. La luce canuta della luna, lasciava scorgere i contorni del suo volto e le sue mani acrobatiche che costruivano e disfacevano forme e colori. In quel punto, la strada si bloccava. Non mi fu più possibile proseguire il cammino. Un trionfo di luce si ergeva sopra e sotto i miei occhi. Vidi una nuvola prendere fuoco, zampillarono uccelli senza piume, i loro corpi giacevano al suolo, naufraghi inceneriti. Vidi orde di barbari vittoriosi depredando le immagini del bosco, spogliando gli alberi e prosciugando fiumi. I loro cavalli battevano la boscaglia polverosa e portavano cadaveri luminosi come lucciole. Rubarono la luce fioca delle tele che ornava il cielo, si ingozzarono di colori. Svuotarono le stanze degli oceani, strapparono il cuore dei vulcani, ancora pulsanti dei tremiti della terra. Mi apparve Lucifero con denti nivei, il suo corpo di alabastro agonizzava in una tela cinerea. Il vento lasciò cadere Venere dalle braccia di un cigno azzurro. Era ebbra di rosso vermiglio e aveva lacrime di farfalle tra i capelli. Fu l'ultima scena che vidi, poi i miei occhi stanchi si chiusero e tutto divenne quiete. Le mie mani si svegliarono intorpidite, sfiorando il cristallo puro degli specchi, solo allora mi resi conto di essere entrata nel tempo. L'uomo seduto sulla pietra, era ancora al suo posto, con le sue mani aveva posseduto tutti i colori e costruito una realtà parallela al suo sogno. Finiva la lunga notte, il leone di fuoco ruggì sottoterra e svanì. Accelerai il passo per vedere da vicino il grande dipinto; raggiunsi il tempo, lo presi per mano, ero vacillante, mi mancava il terreno sotto i piedi. D'un tratto la clessidra scivolò dalle mie mani, cadde a terra. Mi chinai per raccoglierla, ma in un istante era già scomparsa.

ME NE ANDAI

Un mattino mi incamminai in silenzio, seguendo una debole voce nelle orme della neve. Tornai morta. Mi vedevo così definitiva in quella bara, così nitida e trasparente da potermi rincorrere fino alla mia infanzia, appesa all'altalena d'acqua da dove fui strappata ancora immersa nel sangue. Come poteva sentirsi sola la morte se la mia vita la riempiva? Tutto era stato fatto come per morire un giorno qualsiasi. Lo scenario fu impeccabile, molti vennero a visitarmi per darmi l'addio, mi riempirono la testa di fiori, posero una croce sul mio petto e un'altra tra le mie mani, mi guardavano come si osservano i santi o i martiri, con la stessa amara tenerezza. Arrivò persino il trapezista, portando la sua faccia di aquila, le sue acrobazie e i suoi voli. Non mi deluse la mia morte, tutto fu fatto secondo le regole del gioco, anche il mio cadavere fu indulgente, non aveva odore di carogna ed era più affascinante di quanto pensassi, con il suo viso ardente come il demonio. Gli attori seguivano i canoni del testo, piangevano così realmente che per un momento pensai di scoppiare anch'io in lacrime sulla finzione, ma nessuna apparve dai miei occhi semichiusi, le avevo sprecate tutte prima di ritrovarmi a faccia in giù mangiando la terra, la stessa che mi accolse così amabile aprendo le sue braccia e sussurrando: *Ragazza, questo non è il tuo esordio nell'ultraterreno, eri già morta prima che saltassi nel vuoto.*

VANITAS

Vorrei cessare di esistere diceva il pittore rivolgendosi alle sue numerose creature.

Una di loro rispose: *Che cosa significa non esistere?*

Quale cappello sei? – chiese l'uomo.

Sono il berretto del pensatore, porto le chiacchiere brumose dell'inverno e il vino rosso invecchiato, di cui sei goloso!

Non voglio parlare con nessun pensiero, sia esso vecchio o giovane, vattene dunque!

L'artista continuò: *Quanto mi piacerebbe rimaner dipinto sul volto del nulla, chiudere gli occhi in anticipo sulle lacrime e addormentarmi su un tappeto d'acqua che possa lenire il mio dolore.*

Un cappello abbandonato su una vecchia sedia, tutto coperto di polvere, esclamò: *Cosa intendi dire? Parli forse di voler mettere fine ai tuoi giorni?*

Non ricordavo di aver posseduto un copricapo con una voce tanto oracolare, svelami la tua identità.

Sono il cappello di paglia, quello che in estate ti ha protetto, mentre il sole divorava il respiro della terra, ubriacandomi con i suoi raggi.

Il pittore in preda alla rabbia, si alzò dal tavolo e tirandogli addosso un pennello, disse: *Levati di torno, seppure riesco a malapena a riconoscerti da quanto sono cieco, non voglio sentire le tue sciocchezze di gran bevitore, di eroe luminoso, pieno di luce morale e profetica.*

All'improvviso bussò l'autunno alle porte, aveva gli occhi di Redon velati dalla nebbia e un volto decadente; aprì la porta, si sedette sul divano, guardò l'uomo e disse: *Mio caro amico, sei la più bella natura morta di tutte quelle che hai dipinto.* Il pittore scomparve come per un incantesimo. Il vento portò via tutto ciò che l'uomo aveva rappresentato, lasciando inalterata una tavolozza ancora pulita. Redon si tolse il cappello e cominciò a piovere. Piovevano i secoli della pittura e si riversavano a fiotti nella dimora del

maestro. La storia non ha una conclusione certa, e mai si seppe se fosse stato l'ingresso dell'autunno a svuotare dalle sue tasche un gigantesco tappeto d'acqua o i capelli che piangevano la scomparsa del maestro che li aveva creati.




SOBRE LA AUTORA






ALBA METAPONTE (Italia/Chile, 1973). Nacida en Calabria, estudió Derecho en la Universidad de Bolonia. Ha traducido a importantes poetas latinoamericanos, entre ellos los chilenos Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Nicanor Parra, Oscar Hahn y Jaime Huenún; las argentinas Alejandra Pizarnik y Olga Orozco; la uruguaya Marosa di Giorgio; la peruana Blanca Varela; y la mexicana Rosario Castellanos, entre muchos otros. Su pasión por la poesía latinoamericana comenzó a los 16 años, cuando recibió un libro de poemas de Pablo Neruda, *Odas elementales*. La lectura del libro reforzó enormemente su atracción por el mundo, las tradiciones y la literatura de Latinoamérica. Así comenzó su viaje de estudio, lectura y descubrimiento de numerosos autores, como el mexicano Juan Rulfo, el colombiano Gabriel García Márquez, Julio Cortázar y otras voces importantes como César Vallejo y Jaime Sabines. Vivió muchos años en Chile, donde tuvo la oportunidad de colaborar con grandes artistas. En 2025 publicó su primer libro, *I sogni non parlano se li svegli*, con la editorial Edizioni Progetto Cultura, en Roma.



Los sueños no hablan si los despiertas, de Alba Metaponte , se terminó de ensamblar en abril de 2026. En su composición se utilizaron los tipos: Californian FB, Minion Pro, Garamond Premier Pro: 10, 12, 14, 18, 24, 30.





2026



LOS SUEÑOS NO HABLAN SI LOS DESPIERTAS

2026